

## CAPÍTULO 13



# El proceso de descolonización y los nuevos protagonistas

*Montserrat Huguet*

La descolonización constituye un proceso histórico de difícil acotación cronológica, pues si bien es indudable que ha tenido su máximo desarrollo entre 1947 y 1965, no puede afirmarse que se inicie y se extinga en las décadas siguientes a la Segunda Guerra Mundial. Antes bien, es más adecuado comprender el proceso de las independencias como una constante histórica vinculada a cada uno de los episodios coloniales desde el inicio de la Edad Moderna (Lloyd, 1984; Miége, 1973). En 1975, con la independencia de las últimas colonias, las del Imperio portugués, concluía el ciclo colonial abierto a finales del siglo XIV, el de los llamados "imperios marítimos europeos". Dadas las características de estos imperios -especialmente el británico y el francés-, resulta sorprendente la aparente celeridad con la que se desmoronaron. Se habían ido conformando como resultado de la exportación de sus sistemas legales, administrativos y políticos, así como del mestizaje de culturas y de la implantación de lenguas y creencias. El caso de la India, inserta en el Imperio británico, muestra la compleja y contradictoria combinación de la que hablamos: un lento proceso de dominación, iniciado a mediados del siglo XIX (Kennedy, 1984), simbiosis entre culturas dominadoras y dominadas, interrupción brusca en 1947. No obstante, tras la independencia ha permanecido una suerte de relación peculiar entre los Estados indio y británico y las culturas orientales y occidentales (Poter, 1975; Chamberlain, 1974b).

### 1. El final de los imperios ultramarinos

Fueron los imperios fundados en la era de la comunicación marítima los que sucumbieron tras la segunda gran guerra. La naturalidad con que en la segunda

mitad del siglo XX Occidente asumió los procesos de independencia de las antiguas colonias fue el contrapunto a la tendencia explícita de los Estados europeos que buscaban, desde mediados del siglo XIX, sostener a toda costa los territorios imperiales como símbolo de status en la escena mundial. La pérdida de sus territorios de ultramar a comienzos del siglo XIX supuso para España y Portugal un estigma que contribuyó a relegar definitivamente a ambos Estados en el panorama mundial. El comportamiento de los viejos imperios español y portugués sirvió de ejemplo para Francia y Gran Bretaña. A mediados del siglo XIX, no siendo sino una promesa el conjunto de beneficios que para Europa iba a derivarse del control de los espacios coloniales -dado que en realidad los territorios de ultramar causaban a las economías metropolitanas cargas económicas importantes-, las autoridades administrativas y políticas de los países europeos estaban convencidas de que había que mantenerlos a toda costa para no caer en la desgracia de las dos antiguas metrópolis.

Esta actitud contrasta vivamente con la expresada tras la Segunda Guerra Mundial, cuando Gran Bretaña y Francia, que habían asumido, primero con resignación y más tarde con "naturalidad", la pérdida de buena parte de su imperio colonial, consideraron que la independencia de los territorios de ultramar no causaba ningún menoscabo a su posición como Estados rectores de la sociedad internacional. La naturaleza de la dominación había cambiado desde el momento en que las comunicaciones habían dejado de ser esencialmente marítimas y el desarrollo de la economía internacional se convertía en una posibilidad sustitutiva de la presencia física de las naciones más allá de sus fronteras.

Así, resulta sintomático de la fractura general operada a mediados del siglo XX el hecho de que otros imperios, creados sin la necesidad del control del mar, no se desmoronaran. En primer término, la peculiaridad del Imperio estadounidense, uno de los más tardíos junto con algún otro de naturaleza contingente como el italiano o el alemán, consistía en que sus dispersos dominios ultramarinos -Puerto Rico, Hawai, Filipinas, Samoa- no eran esenciales para la consolidación de su poder hegemónico tras la Segunda Guerra Mundial. Antes bien, el discurso justificativo de la identidad de la nación norteamericana se construyó desde la premisa de considerarse un pueblo *descolonizado*, defensor de las libertades y de la autodeterminación. Era así como Estados Unidos estaba esencialmente preocupado por los efectos que la descolonización de los territorios pertenecientes a las naciones europeas pudiera tener en el contexto de la Guerra Fría (Louis, 1977). Ciertamente, desde finales de la década de los 50 y hasta bien entrada la de los años 60, en consonancia con la acción propagandística soviética, las tesis comunistas arraigaron con facilidad allí donde los procesos de descolonización habían sido más tardíos y resistentes. De tal manera que la independencia de Filipinas en 1946 o la incorporación de Hawai como Estado de pleno derecho de la Unión en 1959 no fueron en absoluto procesos traumáticos ni fundamentales para la supervivencia de la hegemonía de Estados Unidos. En un contexto caracterizado por su afirmación definitiva como primera potencia del bloque occidental y de enfrentamientos con la URSS en diferentes áreas del planeta, tales procesos no constituyeron verdaderos momentos de quiebra para el imperio en el sentido en que lo había sido la

India para Gran Bretaña o la guerra de Indochina para Francia. Otro gran imperio terrestre, el soviético, tampoco acusó la pérdida del factor de control marítimo, puesto que no se había levantado sobre esa constante sino más bien sobre la dominación espacial de una suerte de continuo territorial hacia el noreste, en el continente asiático. Más aún, tras la Segunda Guerra Mundial, el Imperio soviético se *deslizó* hacia Occidente sobre la Europa oriental y a costa de algún otro espacio periférico asiático, como es el caso de Afganistán.

Casi siempre, las confrontaciones bélicas y la derrota de los Estados-nación que sobrevienen tras las guerras están en el origen de las pérdidas territoriales de los imperios. Después de una guerra se produce la recomposición del espectro territorial y las naciones vencedoras reajustan espacialmente su dominio sobre las colonias propiedad con anterioridad de los vencidos (Jover, 1979). Sin embargo, a partir de las dos guerras mundiales del siglo XX -puerta de acceso, sin duda, a las independencias para buena parte de los territorios coloniales- los procesos de descolonización adquirieron un rasgo diferenciador en relación con la readaptación territorial de los siglos anteriores. Por primera vez en la historia, los Estados antes imperiales tuvieron que reconocer el derecho a existir como entidades nacionales a los pueblos sometidos a la impronta de las civilizaciones de origen europeo. Pero el nacimiento de los nuevos países presentaba serias dificultades desde su inicio. Desprotegidos del paraguas de las naciones dominantes, los descolonizados constituían en su mayoría países desestructurados, carentes de una identidad definida ya que la suya —precolonial— había sido alterada por los procesos de conquista, carentes también de las condiciones materiales y económicas precisas para comenzar a navegar con independencia y con un cierto margen de maniobra. Desde entonces, la desigualdad entre lo que algunos han denominado el Tercer Mundo, otros Sur y, por otro lado, el Primer Mundo o sencillamente el Norte, no ha hecho sino incrementarse, siendo el escepticismo la perspectiva más compartida por los analistas, que no perciben la deseable corrección de la tendencia hacia el crecimiento de la desigualdad. La aceleración del fenómeno en el último tramo del siglo XX está forzando a sugerir la dualidad en los términos recientemente sugeridos por David S. Landes (1999): el Oeste y *todo lo demás*.

El término 'descolonización' tal y como hoy lo entendemos se fragua en realidad en las décadas de los años 50 y 60 del siglo XX, al hilo de la independencia de muchos de los actuales países asiáticos y africanos. Pero la descolonización es en realidad un concepto antiguo. Antes de mediados del siglo XIX, el anticolonialismo ya lo utilizó como tesis fundamental en su ideario, pero la aceleración con la que se construyeron los nuevos imperios en aquel siglo y la magnitud del hecho colonial hicieron del concepto algo residual y escasamente valorado. A finales del siglo XIX y en los primeros años del XX, pese a que la mayoría de las viejas colonias de poblamiento se habían independizado, el concepto de descolonización estaba fuera de la mentalidad de los políticos y de las gentes. La expansión territorial continuaba siendo más que nunca un objetivo a perseguir. Y de igual manera como los británicos consideraron que la pérdida de sus colonias occidentales obedecía a una suerte de ciclo vital según el cual las naciones que crecen y maduran han de seguir sus propios pasos lejos de la tutela paterna, no pensaron jamás que ese argumento

podiera ser válido para los territorios orientales, poblados por razas no blancas y objeto de una explotación exhaustiva de sus recursos materiales desde los tiempos de la segunda revolución industrial. No fue hasta mediados de este siglo cuando quedó recuperado el sentido de que la descolonización de las colonias significaba la marcha hacia su autonomía e independencia. Hasta entonces, por 'descolonización' se entendía el conjunto de concesiones que la metrópoli hacía en las colonias con el fin de dominar las estructuras institucionales que le otorgaban el control económico con una mayor firmeza. Es bien conocido que, en los años 50, las primeras independencias provocaron el derrumbamiento en cadena de los demás pilares de los dos imperios territoriales fundamentales, el británico y el francés. La independencia política significó mucho para la mayoría de las jóvenes naciones que sin embargo hubieron de enfrentar una nueva circunstancia: los europeos y ahora también los norteamericanos estaban perfeccionando nuevas formas de dominación en el terreno económico y en el cultural. De esta forma, y desde su origen, quedaron cercenadas las posibilidades históricas de las independencias políticas.

En el inicio de las diferentes formas con las que se operó la independencia de los territorios estuvo sin duda presente la diversidad de los modelos y de las prácticas bajo las que se había puesto en marcha la colonización (Fieldhouse, 1982). El llamado "gobierno indirecto" practicado por el Imperio británico en sus territorios permitió conceder una importante cuota de gobierno a las fuerzas locales o nativas, siempre bajo la supervisión de los consejeros metropolitanos. Así, la cesión de autonomía resultaba lógica y en apariencia sencilla. En cambio, la tendencia centralista aplicada por Francia a sus colonias, que obligaba a los pueblos colonizados a asumir las formas políticas, administrativas, pero también de cultura y civilización galas, dificultó enormemente la disolución del imperio colonial. En los tiempos más intensos de la colonización, a finales del siglo XIX, los territorios sometidos al Imperio francés no tuvieron tiempo ni espacio para asimilar el modelo dominador, de manera que Francia hubo de seguir adelante contando con la animadversión de los poderes locales y con la desidia de las poblaciones. Esto la situó en una posición de desventaja en el momento de la descolonización. A diferencia de Gran Bretaña, Francia no estuvo en condición de rentabilizar en beneficio propio la independencia de sus colonias.

Los procesos de independencia de las primeras etapas de la historia poscolonial estuvieron marcados por una fuerte carga personalista y por una acentuada tendencia hacia el golpismo y las convulsiones (Harris, 1962). Los líderes de las independencias, asiáticos o africanos, como Jamaharlal Nehru, Kname Nkrumah, Sékou Tburé, Habib Bourguiba o Patrice Lumumba, gozaron de un fuerte carisma entre los miembros de sus comunidades nacionales. Casi todos ellos habían sido formados según los métodos y criterios de Occidente, de manera que las viejas metrópolis confiaron en ellos. A pesar de la facilidad con la que estos líderes elevaban discursos plenos de nacionalismo y de antioccidentalismo, a pesar de que en la mayoría de los jóvenes países las compañías comerciales habían sufrido duros reveses al ser nacionalizadas por los gobiernos, el modelo de desarrollo económico, político y social de las nuevas naciones se construía sobre los pilares occidentales del liberalismo en el que habían sido formadas las élites afroasiáticas.

De ahí que el comienzo de la historia poscolonial deba contemplarse en términos de soberanía antes que de política. El modelo democrático o el partido único fueron las dos opciones más utilizadas en el terreno político. En cuanto a las economías de las jóvenes naciones, el principal problema se plasmaba a la hora de reducir la amplia distancia existente con las economías del Primer Mundo (Aldcroft, 1989). El desarrollo de un proceso histórico, natural pero lento, tenía el peligro de poner en riesgo la estabilidad de las frágiles nuevas democracias. De esta manera, los diferentes Estados optaron por desarrollar políticas económicas dirigistas de carácter mixto que, al tiempo que permitían ganar autosuficiencia, fomentaban la producción de los recursos primarios, mantenían las exportaciones de materias primas y desarrollaban nuevos y costosos procesos industriales. Se intentó equilibrar el afán de mantener a flote la economía de mercado con la utilización de planificaciones, inspiradas en los modelos socialistas o comunistas vigentes en los años 60. De modo que los sectores estatales hubieron de aprender a convivir con las empresas privadas, estas últimas extranjeras en la mayoría de los casos.

Así pues, tras la herencia colonial y el resurgimiento de los nacionalismos que habían estado ocultos por el modelo colonizador, se expresaron fuerzas exógenas (Veiga *et al.*, 1997) que pusieron en evidencia el hecho de que la descolonización constituía un proceso mucho más complejo de lo que en primera instancia hubiera podido imaginarse. Junto al cúmulo de tensiones generadas en los países recientemente independizados, la tendencia cada vez más intensa de las superpotencias a diferir sus choques diplomáticos y militares hacia los espacios periféricos se convirtió en una seria amenaza para el orden mundial. Casi cualquier pretexto fue suficiente para que estallaran guerras interétnicas y entre vecinos (véase el caso aún hoy abierto de la India y Paquistán). Las fronteras trazadas por la colonización se transformaron en áreas para el enfrentamiento entre las nuevas naciones antes que para el encuentro y la construcción.

Las ahora llamadas naciones "liberadas" del yugo de las antiguas metrópolis desconfiaban de tal expresión, que amparaba la idea de que habían sido las potencias metropolitanas las que habían tomado la iniciativa de conceder la independencia a las colonias, y dejaba escaso margen al protagonismo de ellas. El avance de las tesis marxistas, al hilo de la constitución del llamado "Tercer Mundo", dio sentido a la expresión de "guerras de liberación". Esta y otras expresiones enmascaraban la debilidad de las fuerzas desintegradoras en el seno de los viejos imperios y maquillaban la realidad, esto es, que las condiciones generales de funcionamiento mundial en la segunda mitad del siglo hacían muy difícil el sostenimiento de las viejas formas de control territorial. De este modo, las metrópolis supieron observar y manejar el momento adecuado para, con un mayor grado de presión, según los casos, poder desembarazarse de las responsabilidades políticas, administrativas y sociales de los espacios coloniales. Ungidos por el halo de la cruzada en pos de las independencias, los conflictos se instalaron en muchas de las antiguas colonias, que terminaron por olvidar la naturaleza de los viejos agravios que las habían conducido a la guerra para asirse a las luchas endémicas de carácter civil, algunos de cuyos rescoldos siguen hoy.

## 2. La primera quiebra de los imperios (1914-1945)

Tras la Primera Guerra Mundial la sociedad mundial quedó alertada acerca de las contradicciones que se venían manifestando en el complejo mundo colonial. La guerra supuso también, al hilo de la presión y fuerza con las que se desenvolvían los acontecimientos, la aceleración de muchos procesos de afirmación nacional. No debemos perder de vista tampoco el impacto provocado en aquel momento por un fenómeno de la magnitud de la Revolución rusa y la onda expansiva mundial subsiguiente. Pero el mensaje de libertad para los pueblos no fue exclusivo de la campaña bolchevique. Cuando empezó a discutirse la paz pudo leerse también en el ideario de algunos líderes mundiales, como el presidente norteamericano Woodrow Wilson. Desde las filas del comunismo o de las defensoras del liberalismo a ultranza, no cabe duda de que la concepción acerca de que el fin de la esclavitud había llegado, expresada ya antes y después de la guerra en los foros del pacifismo, constituyó un argumento muy útil para las reivindicaciones particulares de las naciones hasta entonces sometidas a las diferentes administraciones coloniales.

Fue precisamente porque las colonias participaron en la guerra por lo que el primero de los grandes conflictos del siglo adquirió la cualidad de mundial. Entre 1914 y 1916 los territorios alemanes de Togo y Camerún, en el sudoeste africano, fueron objeto de ofensivas por parte de las tropas de la Entente. Al igual que para el viejo continente, la guerra trajo para todas las colonias europeas un profundo agravamiento de las condiciones de la vida material. Las metrópolis arrancaban a las colonias los productos agrícolas, minerales y energéticos que necesitaban, incrementaban los impuestos y reclamaban recursos para la defensa nacional. Las levadas forzadas fueron masivas porque los recursos humanos constituían para las potencias un elemento de primera magnitud. Francia movilizaría a más de seiscientos mil soldados africanos, cuya capacidad para el combate cuerpo a cuerpo era alabada por las autoridades metropolitanas. En iguales condiciones ante la muerte y la miseria, y bajo un trato civil bien diferente al del hombre europeo, no es de extrañar que se produjesen importantes disturbios, entre los cuales los de Aurés en 1916 tuvieron una amplia repercusión.

Tampoco la guerra de posiciones en 1915 fue un hallazgo militar exclusivo de Europa. La península de Gallípoli viviría uno de los sitios más cruentos de la contienda. En Arabia, los ejércitos beduinos de Faisal I se alzaban contra el Imperio otomano, protagonizando uno de los episodios más fascinantes de la guerra. El militar, aventurero y escritor británico Thomas Edward Lawrence, conocido posteriormente como Lawrence de Arabia y autor de *Los siete pilares de la sabiduría* -obra en la que narró su peculiar epopeya-, soñó con la fundación de una gran nación árabe amiga. Entre junio y diciembre de 1917 un ejército compuesto por británicos y árabes conquistó Akaba y Jerusalén, y entró en Damasco en octubre de 1918. La promesa de la construcción de un gran reino árabe alentó a las tribus beduinas de Faisal. Pero ni Gran Bretaña ni las circunstancias supieron estar a la altura del sueño romántico de Lawrence. Los árabes no tardaron en descubrir que el reparto de la zona estaba pactado de antemano por franceses y británicos, quie-

nes en los acuerdos de Sykes-Picot, firmados entre abril y mayo de 1916, habían acordado dividir la zona en áreas de influencia. La semilla de la desconfianza estaba sembrada. La promesa de creación de una tierra judía, Palestina, alentó el sentimiento nacionalista de los pueblos árabes y convirtió la región en un área propicia a las tensiones.

a) *Principios wilsonianos para la esperanza*

El abandono alemán de sus territorios extraeuropeos entorpeció la disposición de una vía lenta y organizada para una emancipación fructífera. Con los territorios austro-húngaros, turcos y alemanes se procedió de manera particular: los principios de autodeterminación recogidos en los famosos "catorce puntos" del presidente Wilson (discurso del 8 de enero de 1918) se aplicaron tan sólo en los territorios del continente europeo. Las potencias centrales se desintegraron con el reconocimiento internacional de los nuevos Estados, de modo que las naciones que habían pertenecido al Imperio austro-húngaro pudieron decidir sobre su destino. Checoslovaquia, Hungría y los pueblos yugoslavos nacieron de las ruinas del gigante austro-húngaro en octubre de 1918; algo similar sucedió con el maltrecho Imperio turco que, confinado a su espacio asiático, tuvo que liberar de su dominación secular a los pueblos árabes. A pesar de las promesas británicas, no se consideró que los árabes fueran aún aptos para desempeñar su autogobierno y, como sucediera veinte años antes, en los tiempos álgidos del reparto territorial, tras la guerra las naciones vencedoras se apresuraron a establecer un "sistema de mandatos". ¡Éstos implicaban una superación del anterior estatuto colonial y, por lo menos en teoría, suponían el comienzo del camino hacia la autodeterminación de los pueblos involucrados. Los mandatos diferían de acuerdo con la situación geográfica, condiciones económicas y otras circunstancias; confiándose la tutela a las naciones "adelantadas" en condiciones de asumir la responsabilidad. Se establecieron tres tipos de mandatos: A ("orientales"), B ("africanos") y C ("coloniales"), que incluían África del sudoeste y los territorios del Pacífico en poder de Alemania hasta la guerra. Si bien el control de Arabia no podía ser interpretado como una apropiación en toda regla, tampoco facilitaba la obtención de un estatuto que confiriese a los pueblos sometidos a este régimen el ejercicio de la plenitud de sus derechos. El malestar de las naciones árabes ante lo que considerarían un engaño ayudó a sembrar la semilla del panarabismo. El desmembramiento del Imperio otomano y la limitación de poderes adjudicados al califa de Constantinopla provocó asimismo un fuerte movimiento de protesta en el seno del mundo musulmán, cuyas ramificaciones alcanzaron a la India, cimentándose con ello las bases de un primer panislamismo.

Tras la guerra, la Conferencia de Paz se celebró sin la presencia de las delegaciones que aspiraban a un estatuto de autodeterminación, como hubiera sido lógico de respetarse la cláusula quinta de los puntos wilsonianos. En ella se establecía que las reclamaciones coloniales debían basarse en el principio de que "los intereses de las poblaciones concernidas deben tener un peso igual a las justas reclamaciones de los gobiernos cuya titularidad ha de determinarse". La realidad fue que Francia y Gran Bretaña ejercieron su tutela sobre casi todos los mandatos de tipo

A y B, aquellos que exigían un control más directo. Con una fuerte carga aún de paternalismo, ambas naciones estaban obligadas a informar a la Sociedad de Naciones de sus gestiones para el mantenimiento del gobierno en los mandatos. El compromiso internacional de controlar los procesos de independencia no se extendió sin embargo a los mandatos de tipo C; tal fue el caso de la Unión Sudafricana con respecto a los territorios del África sudoccidental alemana o de Namibia. Los mandatos de tipo A, surgidos de la desmembración del Imperio otomano, fueron considerados de especial interés. Las potencias mandatarias, Francia para el caso de Siria y El Líbano, y Gran Bretaña para el de Mesopotamia y Palestina, incluidos los territorios de Jordania e Israel, se comprometían a establecer las vías para que estas naciones alcanzaran su independencia en un tiempo razonable. La imprecisión de la Sociedad de Naciones en este sentido hizo que tales emancipaciones fuesen, además de complejas, lentas. La realidad fue que en vísperas de la Segunda Guerra Mundial tan sólo Iraq, la antigua Mesopotamia, había conseguido la independencia. En África y Asia, las ex colonias alemanas fueron sometidas a un régimen de mandato de tipo B. Francia se hizo cargo de Togo y Camerún en sus regiones fronterizas con sus propias colonias de Gabón y Dahomey; Gran Bretaña pasó a controlar la antigua África Oriental, Tanganica y las regiones de Togo y Camerún de las que Francia no se había hecho cargo.

*b) El resurgimiento de la nación árabe. El panarabismo*

El protagonismo histórico del mundo árabe resurgió, por lo tanto, durante el primer tercio del siglo XX al hilo del hundimiento del Imperio turco durante la Primera Guerra Mundial y de la reaparición del nacionalismo árabe. Al diluirse el Imperio otomano, el deseo franco-británico de que la región no quedase descontrolada por la ausencia de un poder fuerte actuó de espita para la puesta en marcha de las independencias. Durante aquellos años de contienda general, el Imperio turco, aliado de Alemania y potencia predominante en la región desde el siglo VII, fue abandonando el control de los territorios árabes al tiempo que se sumía en un proceso de renovación interna, conocido como el "movimiento de los jóvenes turcos", que puso fin al sistema político y administrativo del viejo sultanato. Tras el armisticio de Mudros en 1918 se firmó el Tratado de Sévres en 1920, revisado por el de Lausanna en 1923. En ambos se instaba al abandono turco de los países árabes, a la presencia franco-británica y a la organización y el establecimiento de los mandatos orientales, siempre en el marco regulador de la Sociedad de Naciones. Paralelamente, en Siria, Iraq y El Líbano y en los reinos de Nejd y Herjaz surgieron grupos organizados de acción política que aspiraban a crear una nación árabe independiente. La inesperada y reciente aparición de un nuevo Estado de dimensiones gigantescas y con fuertes ansias de control territorial, la Unión Soviética, así como el interés occidental por controlar los que ya se preveían generosos recursos petroleros de la región, avivaron el alerta internacional en la zona.

Por el Tratado de San Remo y el Convenio de París (1920), los mandatos orientales quedaban bajo la tutela de Francia y Gran Bretaña, en una suerte de nuevo colonialismo cuya naturaleza habría de ser gestionada por la Sociedad de Nacio-

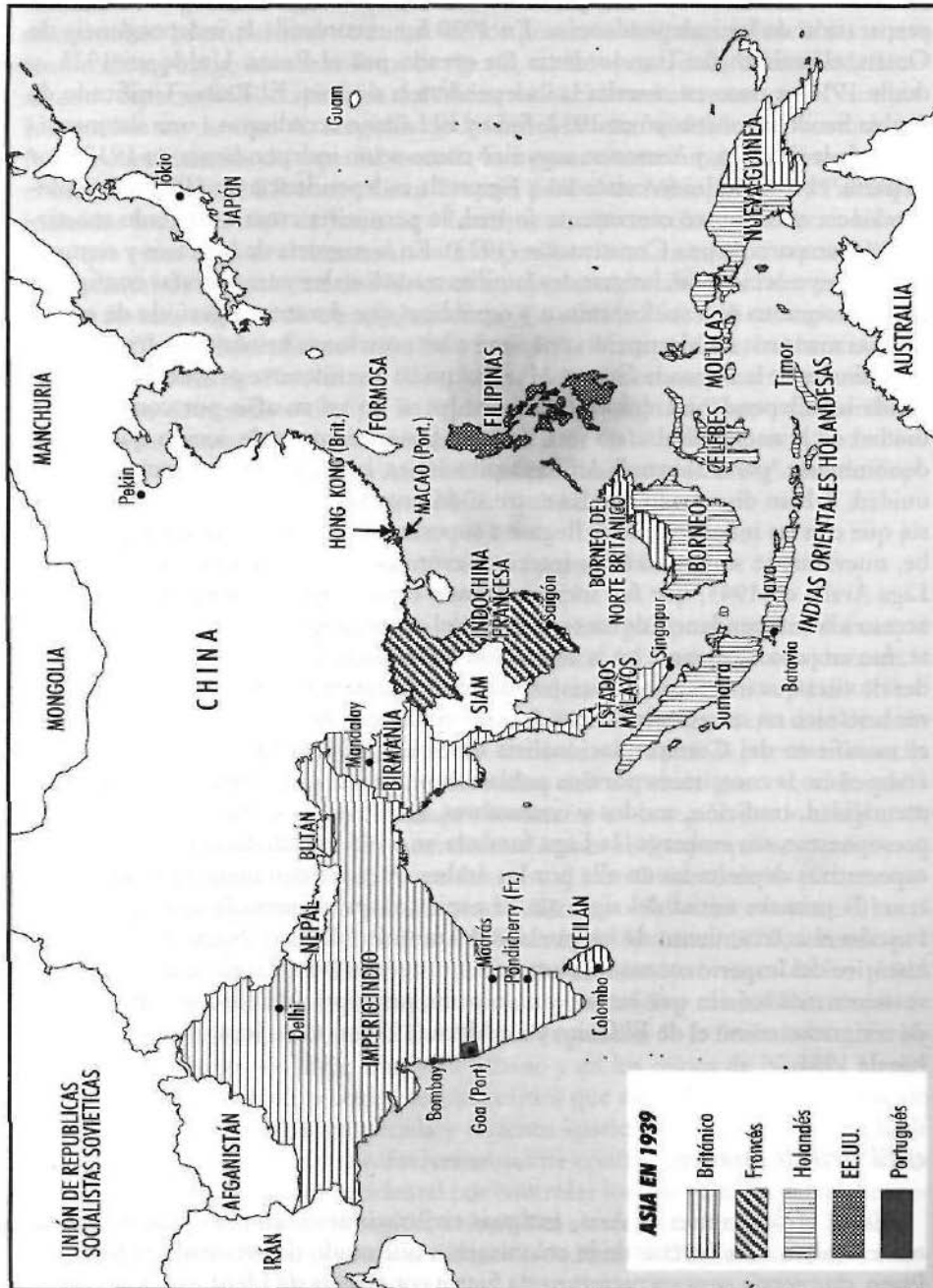


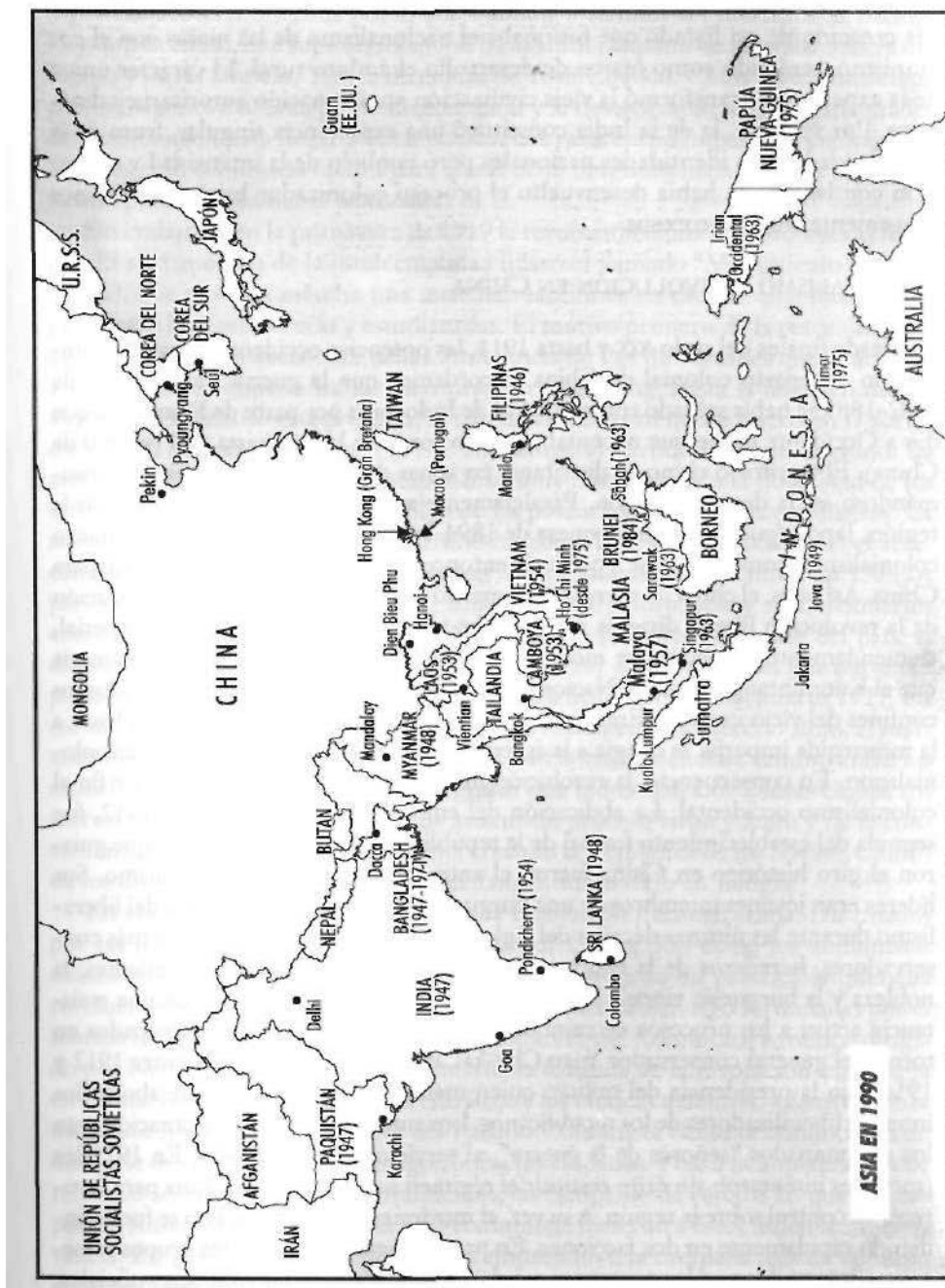
nes. Siempre bajo tutela occidental, los diferentes Estados se fueron organizando, bien como monarquías árabes, bien como repúblicas, según estuvieran bajo el dominio británico o el francés respectivamente, al tiempo que se profundizaba en la preparación de las independencias. En 1920 fue reconocida la independencia de Omán, el emirato de Transjordania fue creado por el Reino Unido en 1923, y desde 1930 se puso en marcha la independencia de Iraq. El Reino Unificado de Arabia Saudí se constituyó en 1932, Siria y El Líbano accedieron a una autonomía controlada en 1936, y Yemen se organizó como reino independiente en 1937. Por su parte, el Reino Unido concedió a Egipto la independencia en 1923, una independencia que, si bien meramente formal, le permitiría crear un Estado monárquico al amparo de una Constitución (1923). En la mayoría de los casos y siempre con el apoyo occidental, las grandes familias tradicionales y aristócratas configuraron un conjunto de Estados, reinos y repúblicas que durante el período de entreguerras mantuvo su adscripción unánime a las posiciones británicas y francesas.

A finales de la Segunda Guerra Mundial podía considerarse prácticamente concluida la independencia del mundo árabe, pero no así su afán por consolidar la unidad de la nación árabe, en una línea de pensamiento y de acción que pasó a denominarse "panarabismo". Ambas aspiraciones, la de la independencia y la de la unidad, habían discurrido ligadas entre sí durante las primeras décadas del siglo, sin que con las independencias llegase a superarse la atomización del mundo árabe, nuevamente sometido a los intereses externos. Sin duda, la formación de la Liga Árabe en 1945, que fue incrementando el número de sus miembros con el acceso a la independencia de los territorios del norte de África y del Cercano Oriente, fue un paso de gigante en la aspiración hacia la unidad. Pero no debemos perder de vista que incluso una iniciativa de esta naturaleza fue impulsada por el interés británico en su retirada de este área de influencia. Antes de la guerra mundial, el manifiesto del Comité Nacionalista de Siria (1936) había definido la nación árabe como la constituida por una población unida por una comunidad de lengua, mentalidad, tradición, modos y costumbres, intereses y esperanzas. Según estos presupuestos, sin embargo, la Liga fundada en 1945 no satisfacía en absoluto las expectativas depositadas en ella por los árabes. Aunque con menos presencia durante la primera mitad del siglo XX, el panislamismo constituía una opción que buscaba el acercamiento de los pueblos del mundo islámico. Nacido en el marco histórico del Imperio otomano, durante la primera mitad del siglo se movió en una vertiente más teórica que activa, y tuvo como principal actividad la convocatoria de congresos como el de El Cairo y La Meca (1926) o el de Jerusalén, en diciembre de 1931.

### *c) El Oriente asiático*

En el otro extremo de Asia, antiguas civilizaciones como la china o la india reaccionaban a las fuerzas de la colonización utilizando dos resortes: el nacionalismo, que servía para estructurar una fuerte conciencia de identidad, y el comunismo, surgido en el período de entreguerras a instancias de la gravedad de los





problemas sociales y del desajuste entre el ancestral mundo rural y la incipiente y desestructurada sociedad urbana (Chesneaux, 1969). Instalada la república de corte liberal en China en 1911, la evolución del país condujo en las décadas siguientes a la creación de un Estado que fusionaba el nacionalismo de las masas con el comunismo, teniendo como marco de desarrollo el ámbito rural. El carácter único de la experiencia transformó la vieja civilización en una nación autoritaria y dinámica. Por su parte, la de la India constituyó una experiencia singular, fruto de la complejidad de las identidades nacionales pero también de la intensidad y aplicación con las que se había desenvuelto el proceso colonizador británico. Veamos brevemente ambos procesos.

#### NACIONALISMO Y REVOLUCIÓN EN CHINA

Desde finales del siglo XIX y hasta 1911, las potencias occidentales habían completado el reparto colonial de China (recordemos que la guerra franco-china de 1882-1885 se había saldado con el control de Indochina por parte de Francia, lo que dio a Occidente el pie que necesitaba para avanzar en la conquista y el reparto de China). El territorio chino se distribuyó en zonas de influencia extranjera, consumiéndose así la desmembración. Paralelamente a la irrupción de Occidente en la región, Japón (guerra chino-japonesa de 1894-1895) asumiría las formas del nuevo colonialismo, convirtiéndose a partir de entonces en una amenaza permanente para China. Así pues, el clima de derrota se convirtió en caldo de cultivo para la gestación de la revolución liberal dirigida por Sun Yat-sen en 1911. La monarquía imperial, tremendamente debilitada, se mostró incapaz de detener la oleada revolucionaria que el Kuomintang ("Partido Nacional del Pueblo") se encargó de llevar a todos los confines del viejo imperio. Entre otras, la principal crítica que la revolución hacía a la monarquía imperial se dirigía a la ausencia de resistencia a la expansión del colonialismo. En consecuencia, la revolución liberal consideró prioritario poner fin al colonialismo occidental. La abdicación del emperador chino Pu-yi, en 1912, fue seguida del establecimiento formal de la república. Los dos fundamentos que guiaron el giro histórico en China fueron el antiimperialismo y el nacionalismo. Sus líderes eran jóvenes miembros de una burguesía formada en las opciones del liberalismo durante las últimas décadas del siglo XIX. Ciertamente, los sectores más conservadores, herederos de la época imperial e integrados por los terratenientes, la nobleza y la burguesía vinculada con los intereses coloniales, ejercieron una resistencia activa a los procesos de cambio que se operaban en el país. Agrupados en torno del general conservador Yuan Che-kai, dominaron la situación entre 1912 y 1916 bajo la presidencia del militar, quien mantuvo una dictadura que abortó los intentos liberales de los republicanos. Los auténticos amos de la situación eran los denominados "señores de la guerra", al servicio de la oligarquía. En 1915 los japoneses intentaron sin éxito restituir el régimen monárquico en China para favorecer su control sobre la región. A su vez, el movimiento revolucionario se fue escindiendo rápidamente en dos facciones. En primer lugar, la de aquellos grupos reformistas integrados por los protagonistas de la revolución de Sun Yat-sen -oficiales, profesionales liberales y estudiantes- cuyos planteamientos revolucionarios encaja-

ban en una propuesta de corte reformista. En segundo lugar, un sector compuesto por intelectuales y minorías de adscripción marxista, que estimaron insuficiente la experiencia liberal diseñada por el Kuomintang y terminaron fundando el Partido Comunista chino, que supo atraerse con facilidad al conjunto de los trabajadores del campo y de las fábricas. Tras la dictadura de Yuan Che-kai, China viviría una etapa profundamente marcada por la disgregación y la desesperanza ante las dificultades de la revolución para llegar a buen puerto. Las resistencias imperiales, coloniales y feudales eran demasiado fuertes para que la débil burguesía nacionalista y modernizados pudiera dominar el panorama.

Sin embargo, en la primavera de 1919 la revolución china recobró nuevas fuerzas. El ala izquierda de la intelectualidad lideró el llamado "Movimiento del 4 de Mayo", que puso en marcha una serie de reacciones en cadena: manifestaciones públicas, y huelgas obreras y estudiantiles. El motivo primero de la reacción fue la protesta contra las decisiones de la Conferencia de Paz de Versalles que concedían a Japón los derechos sobre los territorios de Shandong, hasta la fecha en manos alemanas. Al hilo de esta protesta, el marxismo fue abriéndose hueco en la sociedad china, de manera que en 1921 se constituyó el Partido Comunista chino. La actividad de los grupos comunistas se hizo muy intensa pese a la hostilidad de los señores de la guerra, aliados también de las potencias económicas extranjeras. La necesidad de hacer frente al militarismo heredero de Yuan Che-kai forzó el acercamiento de las fuerzas del Kuomintang a los comunistas en Cantón en 1924. A partir de esa fecha la fragilidad del acuerdo entre reformistas y revolucionarios comunistas no impidió la expulsión de las tropas militares del norte del país, la dispersión de los señores de la guerra y el control de las ciudades por parte del proletariado. La fecha clave que explica el viraje de la revolución china es 1927. En ese momento, teniendo como instrumento el recién creado Ejército Rojo, el marxismo político culminó su madurez inicial en China, abriéndose camino entre los modelos originarios de un país más agrario que industrial. Los líderes chinos tomaron conciencia de la necesidad de asumir un proceso largo y lento y de la conveniencia de consolidar el comunismo, creando la República de los Soviets Chinos en los distritos montañosos del sur del Yangzi, sobre todo en Jiangxi.

En abril de 1927 se puso en marcha la revolución nacional china. Diezmados por las fuerzas del Kuomintang lideradas por Chang Kai-chek, los comunistas chinos se refugiaron en la región de Jiangxi y pusieron en práctica la guerrilla revolucionaria. Las tesis de la revolución campesina habían sido formuladas por el teórico Peng Pai, si bien fueron los representantes del Komintern soviético dirigido por Nicolai Bujarin quienes articularon la fórmula de la revolución campesina en China. La constitución del Ejército Rojo y las tácticas defensivo-ofensivas diseñadas por Mao Zedong al frente del Partido Comunista chino desembocaron en una serie de operaciones relámpago contra las ciudades. Pese a la implantación de reformas sociales y agrarias contundentes, las campañas de cerco a las que las tropas del Kuomintang sometieron a los comunistas hicieron a éstos difícil la supervivencia. En 1934 el gobierno de Nankín emprendió una campaña más de agresión contra el ejército y el Partido Comunista chino, que se vieron forzados a abandonar la ciudad de Riujiu y a emprender la "gran marcha": una penosa travesía de

más de diez mil kilómetros hasta el gran meandro del Río Amarillo. El avance de trescientos mil hombres a lo largo del país sirvió para crear el mito de Mao, consolidar las expectativas del comunismo rural, pero sobre todo para hacer posible al Estado comunista chino, sustentado en el partido. El modelo del comunismo chino, el maoísmo, que puso su énfasis en las masas y en el adoctrinamiento moralizante, no tuvo el menor reparo en adoptar algunas de las prácticas del sistema soviético entonces imperante, tales como el centralismo o las purgas.

Mientras se consolidaba la revolución, un elemento de distorsión alteró las condiciones de la lucha política en China: la intervención japonesa en Manchuria en 1931 y el inicio de la guerra contra China. Algunos sectores del Kuomintang consideraron prioritaria la lucha contra Japón, para lo cual aceptaron un compromiso con el Ejército Rojo. Los comunistas, por su parte, aceptaron anteponer la defensa nacional al objetivo de la lucha de clases y renunciaron momentáneamente a su programa agrario. Pese a la derrota comunista que dio pie a la "gran marcha", la invasión japonesa activaba los resortes del nacionalismo y daba nuevas posibilidades al comunismo. A partir de 1946 se sucederán más de dos años de violentos enfrentamientos entre los comunistas y las tropas nacionalistas de Chang Kai-shek, con ventaja para aquéllos, que irán consolidando su poder sobre importantes centros urbanos y zonas rurales. En enero de 1949, Pekín es ocupada por los "rojos", y ocho meses más tarde se instaura la República Popular China.

#### LAS ETAPAS DE LA REVOLUCIÓN CHINA

La proclamación de la República Popular el 1 de octubre de 1949 inició en China un proceso revolucionario que llega hasta la actualidad. Bajo el liderazgo de Mao Zedong, que se prolongó hasta su muerte en 1976, el impulso socialista se expresó bajo la forma de una dinámica continua que atravesó diferentes etapas. Una periodización razonable es aquella que delimita tres fases:

- 1) la etapa de instalación del nuevo régimen y reconstrucción nacional, que se extiende entre 1949 y 1952;
- 2) el período de construcción de la "vía china" al socialismo, que abarca desde 1953 a 1965, y
- 3) el momento de la "revolución cultural" y sus consecuencias, que va desde 1966 a 1975.

La primera etapa estuvo marcada por acontecimientos de importancia, como la reforma agraria, la reorganización general de la enseñanza y las campañas orientadas a la liquidación de la contrarrevolución, que incluía la lucha contra la corrupción y contra la influencia de clase de la burguesía. En cuanto a la política exterior, el régimen revolucionario tomó decisiones de trascendencia en el marco de una situación caracterizada por los enfrentamientos propios de la Guerra Fría. El tratado chino-soviético y la participación en la guerra de Corea marcaron una orientación que favoreció la exaltación del sentimiento nacional; le significaron una ayuda económica en momentos difíciles y potenciaron el prestigio exterior del país, aunque el apo-

yo de Estados Unidos al régimen de Chang Kai-chek instalado en Taiwán (Formosa) generó una situación de distanciamiento con la principal potencia capitalista.

Entre 1953 y 1965 la economía adquirió un papel fundamental, pautando las diferentes etapas de tránsito al socialismo. El primer plan quinquenal (1953-1957) siguió la línea soviética de priorizar la industria pesada, subordinando al sector agrario. Asimismo se produjo la extinción de la propiedad privada en el sector industrial y en el comercial y el agrupamiento de los campesinos en cooperativas de producción. Los resultados fueron muy positivos en terrenos como las obras públicas, los ferrocarriles, el desarrollo de la industria pesada y la urbanización, pero bastante menos significativos en todo lo vinculado con la agricultura. La constatación de estos desniveles condujo a una fase de aceleración, el "gran salto adelante", en la que sin renunciarse a la construcción de una base industrial poderosa se buscó potenciar el desarrollo agrario, movilizandose de manera sistemática una más que abundante mano de obra rural. Se organizan entonces las "comunidades populares", unidades agrarias, artesanales, obreras y militares destinadas al encuadramiento de los campesinos, modelo de una sociedad comunista ideal. Los errores verificados en la planificación provocaron una seria crisis, que obligó a que a partir de 1962 se revisara el orden de prioridades favoreciendo la integración de la industria con la agricultura a partir de la potenciación del desarrollo de los sectores abastecedores del campo (abonos químicos, maquinaria). La situación crítica se superó en los años siguientes, pero fue acompañada de duros enfrentamientos políticos entre los partidarios de la nueva orientación revolucionaria, encabezados por Mao, que otorgaba un gran protagonismo a las masas, y los moderados, poco favorables a las comunas populares y al "gran salto adelante". Se fueron creando así las condiciones para la *revolución cultural*.

Durante esos años, China desarrolló un papel activo en los asuntos internacionales: participó en 1962 en un enfrentamiento armado con la India a causa de los conflictos fronterizos e hizo explotar su primera bomba atómica dos años más tarde. Pero la situación de mayor trascendencia fue el distanciamiento creciente con la Unión Soviética, que se nutrió tanto de divergencias ideológicas como de cuestiones geopolíticas, económicas e históricas. Las mismas empezaron a hacerse patentes en 1960 y se concretaron en una ruptura tres años después.

Los enfrentamientos internos en la cúpula del poder fueron el disparador de la revolución cultural, un intento del grupo liderado por Mao de relanzar la revolución para asegurar su triunfo definitivo, transformando las mentalidades y las actitudes individuales y colectivas, al tiempo que se liberaban nuevas fuerzas productivas. Entre 1965 y 1969 la política se antepuso a la economía; una ofensiva ideológico-cultural y política transformó el régimen desde sus cimientos, generando sucesivas purgas que culminaron con el afianzamiento del máximo líder pero en una situación de inestabilidad política que presagiaba nuevos cambios. La Constitución promulgada en enero de 1975 afirmó la necesidad de continuar la revolución bajo la forma de la dictadura del proletariado, destinada a resolver las contradicciones de clase que persistían en el socialismo.

Con la muerte de Mao en 1976 se inician una serie de cambios que no sólo acabaron oficialmente con el maoísmo a lo largo de un proceso que duró seis años

e incluyó duras persecuciones y condenas, sino que llevaron a la república hacia un rumbo nuevo, que arrancó en 1978 con las reformas que impulsa Deng Xiaoping. En ellas se puso en primer plano la cuestión de la modernización económica, que en la práctica implicó un retorno al capitalismo, en un escenario político que funciona sobre la base de un partido único que monopoliza el poder apuntalado por una burocracia jerarquizada que expresa el control que ejerce el partido-Estado. Mientras la otra gigantesca experiencia de "ingeniería social" de Europa del este se derrumbaba con estrépito, los gobernantes de China pudieron avanzar hacia una situación inédita, caracterizada por los siguientes rasgos: reforma agraria basada en el fomento del cultivo de las parcelas privadas, libertad de mercado para el conjunto de las pequeñas y medianas empresas -conservando el Estado el control directo sobre los sectores considerados clave para la economía nacional, para los cuales subsiste la planificación directa e impositiva-; apertura al exterior, tanto en lo que se refiere al ingreso de capital extranjero y a la búsqueda de crédito en el exterior como en cuanto a la incorporación al circuito internacional de comercio a partir de la importación de maquinaria, insumos industriales y combustibles y la exportación creciente de manufacturas.

Los resultados macroeconómicos de la nueva orientación son espectaculares y pueden resumirse fácilmente: el PBI por habitante se duplicó en términos reales entre 1978 y 1990, un avance no alcanzado por país alguno en el mundo (Maddison, 1997). Los problemas emergentes del crecimiento son varios: el mantenimiento de bajos niveles de productividad en el campo, las migraciones internas hacia ciudades carentes de la infraestructura imprescindible para recibir millones de personas por año, las desigualdades regionales, el importante déficit energético, un significativo nivel de corrupción. Sin embargo, la dimensión de los logros, en un país que hacia fines del siglo XX supera los 1.250 millones de habitantes, no puede ni debe subestimarse.

Paralelamente, en el terreno político se produjo el desplazamiento, del partido y del ejército, de todos los dirigentes asociados de alguna manera con el maoísmo. La Constitución de 1982 sigue definiendo a la República Popular China como un Estado socialista basado en una dictadura democrática y popular, definición que alimenta una contradicción permanente entre las palabras y los hechos. En un país fuertemente desideologizado, la protesta social provino del sector estudiantil, que en un año tan significativo como 1989 -cuadragésimo aniversario de la Revolución y septuagésimo del primer movimiento democrático en China- se manifestó en la ocupación de la plaza de Tíananmen, generando un fenómeno de inusual amplitud que llevó al gobierno a implantar la ley marcial y a desalojar la plaza en la noche del 4 de junio disparando sobre los estudiantes. Al coincidir estos hechos con la presencia en China de Mijaíl Gorbachov, sellando la reconciliación chino-soviética, las cámaras de televisión extranjeras difundieron por el mundo las imágenes que mostraban la ferocidad de la represión. Las dimensiones de la crisis política, en la que las grandes líneas de la reforma económica no fueron cuestionadas, llevaron a los dirigentes a implementar una *reforma de la reforma*, en la que la lucha contra la corrupción fue uno de los temas centrales.



## LA LENTA INDEPENDENCIA DE LA INDIA

En 1914 era evidente que el Imperio británico se hallaba en vías de disolución. No en vano las colonias de poblamiento blanco (Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica) habían obtenido un régimen de autonomía, reconocido en la Conferencia Imperial de 1907 que, bajo el *status de dominio*, les permitía contar con una legislación interna independiente y un ligero grado de autonomía en los procesos de toma de decisiones referentes a la política exterior. Durante la guerra, el principal asunto colonial que ocupó al Reino Unido fue el de la India que, años antes, en una época de máximo auge imperial, había ido construyendo algunos de los resortes de su futura independencia. La cuota de gobierno indirecto era tan importante que los llamados "príncipes locales" gobernaban de hecho, siempre bajo la tutela británica, la mitad del subcontinente indio.

La educación europea que durante generaciones habían recibido las élites locales tuvo siempre como objeto implícito conseguir que la India fuese capaz de crear sus propias instituciones británicas. Detrás de esta pauta se escondía la secreta pero poderosa convicción de que esta nación, como lo habían hecho antes otras colonias de Gran Bretaña -la experiencia con las colonias americanas a finales del siglo XVIII habría de resultar determinante- terminaría por caminar sola. En 1835 se introdujo de manera sistemática la educación occidental en la India. Infinidad de pequeñas instituciones educativas y de universidades se fueron creando sin resistencias significativas entre las capas hindúes de la población. Los grupos musulmanes, no obstante, recelaban de la educación británica porque anulaba los valores que defendía su sistema sociorreligioso. En consecuencia, los hindúes terminaron por asumir tareas burocráticas y las capas musulmanas fueron relegadas de los principales centros de poder, fomentándose con ello una fragmentación social que con anterioridad a la presencia británica en la India no era importante.

Bajo estas condiciones educativas e influida también por el eco de las revoluciones europeas de 1848, la India planteó sus condiciones para la renovación de la carta que otorgaba derechos a la Compañía de las Indias Orientales. Reunidos en agosto de 1852, representantes de todos los grupos religiosos, que se habían constituido en la Asociación de Bombay, solicitaron al gobierno británico una mayor cuota de participación en la administración de la India. Antecedente claro del Congreso Nacional Indio, esta institución agrupaba a los sectores indios que habían sido educados bajo el sistema británico y que no querían renunciar a sus rasgos de identidad occidentales, al tiempo que desdeñaban la fuerza armada como instrumento de lucha. Sin embargo, el recurso de la fuerza fue utilizado contra los británicos por aquellas mismas fechas. En 1857 se inició la que podría considerarse la primera fase de la resistencia anticolonial: el levantamiento armado de las unidades bengalíes del ejército británico que, una vez concluida la fase de expansión territorial británica, contaban con escasos incentivos para mantener sus privilegios en el seno de la compleja sociedad india. El motín, más una reacción de signo coyuntural que una acción motivada por búsqueda de la autodeterminación o del reconocimiento de algún tipo de derechos, no llegó a hacerse extensivo a los

ejércitos de Bombay y de Madras. A pesar de que el ejército de nativos superaba ampliamente en número al británico, fracasó.

Los primeros elementos decisivos para la creación de un gobierno representativo fueron posibles en 1861 con el Acta del Gobierno Indio. En 1885, el inglés Alan Octavian Hume creaba el Congreso Nacional Indio. La sociedad hindú vio en el Congreso una herramienta de comunicación con los británicos que alentaron su creación, y lo apoyó en todo momento. La tolerancia con que fue vista la organización se debió en parte a que los británicos contemplaron en ella un medio útil para tomar contacto con la visión que los indios tenían de la situación existente. Sin embargo, los británicos tuvieron poca perspicacia para comprender el poderoso cauce que se le abría al nacionalismo indio. El Congreso Nacional Indio, a pesar de que se trataba tan sólo de una institución similar a un partido político y a que representaba a un estrato social constituido por profesionales muy occidentalizados, fue el primer referente institucional que aunó la voluntad política de los indios. Dado que la India nunca había sido una *nación* en el sentido de los nacionalismos del siglo *XIX*, sino un territorio muy diverso desde el punto de vista lingüístico, étnico y cultural, unificado por la fuerza bajo el Imperio mongol, el proceso de unificación y de creación de un Estado-nación surgiría precisamente de esta semilla de importación occidental. No obstante, al igual que en otras regiones del mundo, el hecho nacional fue posible porque se daban las condiciones ideológicas y materiales adecuadas. Una lengua común, el inglés, facilitaba la comunicación regional que hasta entonces impedía la expresión de las más de doscientas lenguas existentes. Esta comunicación fue acompañada de un desarrollo material vinculado a los procesos industriales que los británicos habían exportado a la India. El ferrocarril, síntesis perfecta del desarrollo industrial y de las comunicaciones, fue el vehículo esencial para este proceso de creación de una conciencia nacional india.

Hasta el nacimiento de la Liga Musulmana en 1906, que sirvió para que la población de esa religión encontrara su cauce de expresión política, el Congreso se fue ampliando como espacio de representación de la población india, si bien los parias de esta tan estratificada sociedad continuaban sin hallar su lugar en la escena política. Por lo que se refiere a los objetivos del Congreso Nacional Indio, antes de la Gran Guerra primaba el interés por mantener vivas las relaciones anglo-indias mediante el establecimiento de una mayor presencia de los miembros del Congreso en aquellos sectores de la administración hasta entonces vetados a los indios e insistiendo en que se ampliase la representación. En 1911 el gobierno central se trasladó de Calcuta a Nueva Delhi y se creó una asamblea legislativa en la que la mayoría de sus miembros era elegida por sufragio universal. Sin embargo, antes de la guerra el gobierno seguía en manos británicas y la política económica de Londres para la India era objeto de fuertes críticas. La pobreza en la que estaba sumida la mayor parte de la población era escandalosa. Los recursos económicos del país se destinaban a mantener los propios resortes de la dominación británica, al tiempo que los capitales fluían hacia la metrópoli. La India, además, debía comprar las manufacturas textiles que Gran Bretaña le vendía, contemplando desde la impotencia la ruina de su propia artesanía al ser incapaz de competir con los tejidos importados desde la metrópoli.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial las capitales de los distintos dominios expresaron su apoyo a la causa británica, con el consecuente envío de tropas al frente. A cambio de su esfuerzo material y humano, la India obtuvo del gobierno británico una declaración explícita que permitía un progresivo avance en las pautas de autogobierno. La Declaración Montagu, el 20 de agosto de 1917, hacía pública esta manifestación de agradecimiento y compromiso por parte del gobierno británico. Sin embargo, no queda ninguna duda acerca de que la declaración hacía hincapié en el control metropolitano del proceso y dejaba escaso margen al derecho de autodeterminación. Teniendo siempre como referente las colonias blancas de poblamiento, Gran Bretaña seguía pensando en un proceso de lenta maduración que terminaría por concluir en un dominio. Así pues, se mantenían aspectos de la legislación de emergencia de tiempos de guerra y no se produjeron alteraciones sustanciales en el gobierno de la India, de modo que el agradecimiento británico no pasó de ser una mera actitud formal. Prueba de ello es que en el Acta del Gobierno Indio de 1919 éstos obtenían el control de los sectores de la sanidad y la educación, pero seguían marginados del resto del gobierno. La inquietud general, las huelgas (*hartal*), los disturbios y los ataques a algunos europeos condujeron a la matanza de Amritsar (13 de abril de 1919), localidad en la que las autoridades militares, sintiéndose desbordadas por una situación de protesta que no esperaban ni quisieron comprender, lanzaron las tropas contra una multitud de civiles de toda condición y edad que, pese a la prohibición explícita de reunión lanzada por el general Reginald Dyer, se habían reunido en el descampado de Jallianwala Bagh. Sin posibilidad alguna de dispersarse, la multitud quedó atrapada por la lluvia de balas. Hubo centenares de heridos y murieron 379 personas. Si el nacionalismo indio se hallaba en una fase formativa, en la que la cooperación con los británicos era bien valorada, Amritsar terminó con la moderación de algunos de los más importantes miembros del Congreso. Tras esta matanza, las relaciones anglo-indias no volverían a ser iguales.

Una nueva etapa iba a abrirse para la India. En ella brillará el protagonismo de dos líderes carismáticos: el Mahatma Gandhi y el pandit Nehru, este último, mano derecha del primero hasta su muerte en 1948, e impulsor del proceso democratizador y modernizador de la India a partir de entonces. Ambos representaban visiones distintas pero complementarias de la estrategia que la India habría de seguir hasta conseguir su autodeterminación. Si Gandhi encarnó al hombre santo, difícilmente comprensible desde Occidente, en Nehru recaía la imagen de un político más convencional y pragmático, al estilo occidental. Gandhi poseía un carisma que le granjeaba el respeto de la clase política india pero sobre todo la veneración de los "intocables", la ingente masa de pobres que habitaba el país. Su peculiar y poderosa personalidad trascendió las fronteras de su nación. Mientras vivió Gandhi, Nehru acató el orden de cosas que lo obligaba a mantenerse a la sombra de la figura santa. Junto a Gandhi, pudo conocer la pobreza en la que vivía sumida la India y, como político formado en Occidente, creyó siempre que la salida vendría de la mano de un programa de desarrollo económico modernizador. El estilo de Nehru tuvo ocasión de brillar en los años 50, como consecuencia de su intenso compromiso con el movimiento de los países no-alineados, del que fue considerado uno de los líderes más activos. Ni Gandhi ni Nehru, que conocían bien los

resortes de la política británica, eran hostiles a muchas de las prácticas que los británicos introdujeron en la India, gracias a las cuales se había puesto freno a algunas costumbres inhumanas. Ambos habían aceptado en algún momento de su carrera política que la tutela británica en el camino hacia la independencia era necesaria. Sin embargo, los dos supieron encontrar la forma de quebrar la que parecía inexpugnable fortaleza de la administración colonial británica.

Durante los años 20, las campañas de *desobediencia civil* fueron el instrumento más efectivo con que contó Gandhi. La convocatoria de una acción de esta naturaleza en abril de 1919 junto a los hechos de Amrítzar sirvieron para que los británicos se sintieran más seguros con Gandhi en la cárcel. En 1922 fue sentenciado a seis años de prisión, aunque fue liberado en 1924. La reducción de la condena obedeció a una reacción realista por parte de las autoridades británicas, quienes hubieron de reconocer que se hallaban ante un personaje de gran calado nacional e internacional. Gandhi había sido en su juventud una perfecta combinación de hindú y británico, que practicaba con devoción los ritos aprendidos de sus padres y se esmeraba, en Londres, por conocer los hábitos británicos. El descubrimiento del cristianismo, el socialismo y de la filosofía y la literatura occidentales fueron algunos de los bagajes con los que se enfrentó al conocimiento directo de la xenofobia y la discriminación en Sudáfrica, donde en 1893 comenzó a practicar su profesión de periodista. De vuelta a la India en 1915 y tras haber desarrollado una labor humanitaria intensa en pro de la causa británica durante la guerra de los boers (1899-1901) y el levantamiento zulú (1906), comenzó a escribir y a perfilar los modos de la resistencia pacífica o desobediencia civil que ensayaría a finales de la década siguiente. En síntesis, la doctrina de Gandhi afirmaba que la naturaleza injusta de algunas leyes hacía culpables a quienes las obedecían. La transgresión de esas normas, sin violencia -el sufrimiento nunca debía ser infligido al prójimo sino que era mejor sufrirlo en carne propia-, constituía una obligación para el individuo si su conciencia así se lo dictaba.

La lentitud con la que se desarrollaba la reforma política que los británicos pretendían llevar a cabo en la India -entre 1927 y 1930 una comisión del Parlamento británico se mostró incapaz de avanzar en la introducción de un gobierno representativo en la India, para el que no se tuvo en cuenta ninguna representación local- provocó una nueva oleada de protestas. La campaña de desobediencia civil lanzada por Gandhi en 1930 tuvo como objetivo acabar con el monopolio británico sobre la sal. La multitud recorrió, en una marcha pacífica pero ilegal, más de trescientos cincuenta kilómetros para recoger la sal marina. Este fue considerado un acto de desobediencia civil sin precedentes. Entre 1930 y 1932 la Conferencia de la Tabla Redonda reunió en Londres a diputados británicos y a portavoces de los diferentes intereses indios. Gandhi, representante del Partido del Congreso, no consiguió ser reconocido por los demás grupos indios portavoces de la nación. Especialmente, la Liga Musulmana recelaba del liderazgo de un hindú. Hacia 1933 los musulmanes comenzaban a tener en mente la posibilidad de crear un Estado propio separado de la nación hindú. La falta de entendimiento con el Partido del Congreso se acentuó en los años siguientes, cuando éste captó el apoyo masivo de la población india.

Por fin, en 1935 la ley conocida como Acta del Gobierno de la India consiguió plasmar las ansias de autonomía de la colonia, reflejando igualmente la posición británica más progresista del momento, la de Clement Attlee. Los conservadores, Winston Churchill y James Salisbury principalmente, hubieron de aceptar que la India quedara organizada en once provincias con gobiernos autónomos, según un planteamiento a todas luces federal. Gran Bretaña se reservaba aún los temas de defensa y de política exterior. Se preveía la creación de un gobierno central para articular la administración de las provincias. Los procesos electorales comenzaron a funcionar en las provincias indias, siendo el del Congreso el partido más votado. La Liga Musulmana por su parte, liderada por Mohamed Alí Jinnah y votada esencialmente en Bengala y en el Punjab, hubo de reconocer la falta de apoyo civil. En general, la ley de 1935 se puso en marcha con enormes dificultades.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial sobrevino para Gran Bretaña cuando ésta no había terminado aún de solucionar su problema colonial en la India. Para entonces el recelo de los líderes nacionales indios hacia los intereses británicos era absoluto. Fruto de este recelo fue la omisión de apoyo bélico de la India a los británicos. Antes bien, la nación en ciernes consideró la bélica una oportunidad de oro para alcanzar definitivamente la independencia aprovechando la debilidad de Londres. Mientras los británicos hubieron de ocuparse exclusivamente de defender sus posiciones en Europa, consiguieron que las negociaciones con el Congreso Nacional Indio se mantuvieran en un compás de espera. Pero la apertura de los frentes asiáticos en el momento en que Japón entró en guerra amenazando las posiciones coloniales europeas en Asia cambió rotundamente la situación.

El sudeste asiático estaba en poder de Japón, y la India parecía convertirse en el siguiente objetivo nipón. El entonces primer ministro Winston Churchill, tradicionalmente opuesto a la independencia, no tuvo más opción que enfrentarse a uno de los momentos de mayor debilidad del Imperio en la India. En 1942 las propuestas británicas, negociadas con el Congreso indio por Stafford Cripps, seguían siendo tibias porque no concretaban salidas para las comunidades minoritarias. La musulmana del Punjab se perfilaba como la más problemática de cara a la futura unidad territorial. El 8 de agosto de 1942, la India expresaba su voluntad de recibir el legado de su propio autogobierno en la resolución aprobada por el Congreso panindio, más conocida como "Abandonar la India", pero los británicos se apresuraron a arrestar a los líderes del Congreso. La guerra iba a ser ganada por los británicos también en el sur de Asia sin un apoyo específico de la India, cuya fidelidad a Londres era producto más bien de la inercia y del temor con los que se afrontaba la posibilidad de un nuevo control colonial, el de Japón, si Gran Bretaña llegaba a perder en aquel escenario bélico.

En 1945, la ausencia de unidad y de entendimiento interno de la India se convertiría en el principal argumento de los británicos para seguir demorando la independencia. La Liga Musulmana mostraba sus cartas en acciones cada vez más violentas, como la llevada a cabo el 16 de agosto de 1946, cuando más de cuatro mil personas, la mayoría en Calcuta, murieron víctimas de una *acción directa*. La partición de la India no parecía una solución aceptable porque, entre otros argumentos de peso (además del problema de la viabilidad económica de

los nuevos territorios), la población musulmana no se concentraba tan sólo en el noroeste y en el nordeste de la India -los futuros Paquistán occidental y oriental- sino que más de un cuarto de la población global distribuida por todo el territorio también lo era.

Pero las que mandaban eran las condiciones materiales: la guerra había endeudado a Gran Bretaña como al resto de los países, y la coyuntura histórica, que volvía a situar en el poder al Partido Laborista de Atlee, favorecía nuevamente la aceleración del proceso de independencia. Sin proponérselo, Gran Bretaña se convertiría en el primer Estado europeo que abandonaba su más importante posesión ultramarina tras la guerra. En 1947 el primer ministro británico anunció el retiro de la India en junio del año siguiente. Ni siquiera el apreciado héroe de guerra lord Louis Mountbatten quien, como buen conocedor del sudeste asiático fue nombrado virrey de la India con la esperanza de que pudiera perfilar alguna vía de solución al problema, fue capaz de plantear una opción al abandono y a la partición del país. El traspaso de poderes se efectuó en realidad en el verano de 1947 y los principados indios tuvieron que decidir su incorporación a la India o a Paquistán. Inmediatamente después de ello, durante el otoño, se produjeron violentos estallidos en Bengala y el Punjab. Se calcula que mientras cerca de cinco millones de hindúes huyeron de Paquistán hacia la India, una cantidad similar lo hizo en sentido inverso. El fanatismo se impuso y no es posible concretar el número de muertos, más de medio millón probablemente. El magnicidio que acabó con la vida del propio Gandhi en enero de 1948, que seguía luchando infructuosamente por detener la sinrazón que se había apoderado de la India, constituye hoy el principal hito de la memoria histórica que recuerda los sucesos del Punjab en los momentos de la retirada británica. Aunque en 1947 se había dado a las provincias la posibilidad de decidir acerca de su pertenencia al nuevo Estado de la India o al de Paquistán, el gobierno indio se mostró reacio a aceptar la decisión de Cachemira, con mayoría musulmana, de incorporarse al segundo, inaugurándose un período de guerras que entorpeció la prosperidad de ambos Estados. Paquistán tuvo más dificultades que la India para crear y sostener un sistema democrático, y en 1971 Paquistán Oriental se separó del Occidental.

### **3. El inicio de la historia poscolonial (1945-1955)**

Después de la Segunda Guerra Mundial, en Asia y en África la liquidación de los imperios coloniales propició el nacimiento y la constitución de nuevos países. Aunque el desarrollo de la descolonización se inició, como hemos visto, en el período de entreguerras, el proceso como tal maduró en los años posteriores a la segunda guerra. La rebelión de Asia y la liberación de los países árabes e islámicos, favorecida esta última por la retirada anglo-francesa del área en el último tramo de la guerra, pueden considerarse las primeras iniciativas globales contra el colonialismo de las metrópolis europeas (Kahler, 1984). En 1955 la Conferencia de Bandung dio carta de naturaleza a la acción independiente de los pueblos no europeos en la escena mundial.

Al igual que tras la Primera Guerra Mundial, después de la Segunda se desen-

cadeno un movimiento centrífugo que puso en evidencia el debilitamiento de las naciones colonizadoras de Europa. Pero el efecto de la Segunda Guerra Mundial en el proceso descolonizador fue mucho mayor. La dimensión planetaria de la guerra implicó de forma rotunda a las colonias de todas las metrópolis. Las campañas militares en África, en Asia y en el Pacífico fueron intensas y constantes a lo largo de la contienda. La sangría a la que la guerra sometió a los adversarios obligó a movilizar a hombres y recursos de todas las latitudes y condiciones, en escenarios -Indochina, Birmania (Myanmar), África del norte u Oceanía- hasta la fecha periféricos. Todos ellos quedaron tan maltrechos como Europa. En buena parte de Asia los movimientos de resistencia a las invasiones de japoneses y alemanes dejaron en herencia reivindicaciones de autodeterminación y soberanía. La guerra de guerrillas y la alteración del orden civil en las sociedades coloniales marcaron el punto de inflexión hacia las independencias.

*a) El orden internacional y las descolonizaciones*

Las cerradas sociedades coloniales se vieron sometidas no sólo a la destrucción física de la guerra sino también a la fuerte tensión ideológica que comportaba el conflicto. Hasta 1941, las potencias del Eje -Alemania, Italia y Japón- difundían de sí mismas la imagen de defensoras de los pueblos contra la opresión que provenía de los dos principales imperios coloniales, Francia y Gran Bretaña. A partir de esa fecha, las provincias de ultramar se acostumbrarían, por el contrario, a escuchar en el mensaje antifascista aliado las ideas de defensa de la libertad y de los derechos humanos. Parece lógico deducir que este juego ideológico instrumentado por Europa terminase al concluir la guerra por pasar factura al viejo continente. Los mensajes de liberación habían sido sembrados, y Gran Bretaña hubo de contemplar con gran preocupación cómo las maniobras estadounidenses para expulsar a los japoneses de Indochina consolidaban las fuerzas de resistencia al colonialismo francés y ponían en peligro este imperio colonial próximo al británico. Prueba fehaciente de la repercusión de la guerra sobre el mundo colonial la constituyó el efecto del anuncio de la capitulación sin condiciones de alemanes y japoneses en los territorios del antiguo Imperio francés (Betts, 1991). Así, por ejemplo, el 8 de mayo de 1945 se produjo una grave insurrección en Argelia, cuyo origen estuvo en el avance del nacionalismo y en los efectos de la crisis económica. La oleada represiva fue terrible: con la ayuda de las milicias europeas, las fuerzas armadas bombardearon y ametrallaron campamentos como el de Messali Hadj y provocaron un número incierto pero elevado de víctimas.

Las aspiraciones de independencia tropezaban con una visión política a la que no era ajena la opinión pública europea, que entendía que la única forma de que sus Estados mantuvieran la apariencia de potencias consistía en mantener los imperios. Pero la clave de los acontecimientos que siguieron no estaba ya en manos de los antiguos imperios sino en las de las nuevas potencias hegemónicas. No en vano Estados Unidos y la URSS iban a decidir las reglas del juego que habrían de operar en la posguerra. Ambos países parecieron estar de acuerdo en la necesidad de que las viejas formaciones coloniales se desintegraran para dar paso a la cons-

trucción de un nuevo orden. En el ámbito anglosajón, la defensa del liberalismo a ultranza indicaba la necesidad de mantener amplios espacios para el intercambio comercial. La pervivencia de los imperios coloniales constituía un riesgo porque, debido al mantenimiento de prácticas proteccionistas, obstaculizaba las posibilidades expansivas de las que tanto la economía estadounidense durante la guerra como ahora la soviética hacían gala. El mantenimiento de las industrias a pleno rendimiento exigía la liberalización absoluta. Estados Unidos proponía que los espacios coloniales franco-británicos se convirtieran en un ámbito de *todos*, haciendo caso omiso de la interpretación que, sobre todo Francia, confería a su imperio. Esto es, la indisolubilidad de los territorios europeos y coloniales bajo el gran paraguas de la metrópoli.

Pero si Estados Unidos coincidía con Gran Bretaña a la hora de considerar prioritaria la defensa de las libertades en el ámbito planetario, la vocación británica del pragmatismo político lo hacía coincidir con la Unión Soviética en la voluntad de acometer los problemas regionales con soluciones específicas. En este sentido, el anticolonialismo radical de Estados Unidos y de la URSS se vio matizado por el interés que ambos Estados tenían por coincidir con Gran Bretaña en algunas pautas de comportamiento. Ello hizo que el inicio del proceso de descolonización fuera más pausado de lo que las dos potencias hubiesen deseado en primera instancia. Francia se benefició momentáneamente de la pauta de transición que adquirió el proceso, amparándose -dada su débil situación al terminar la guerra- en los intereses británicos. Gran Bretaña, por su parte, sostuvo en la medida de sus posibilidades las posiciones francesas en el Lejano Oriente para evitar que la presencia aplastante del ejército estadounidense, como un ejército de liberación frente a la ocupación japonesa, hiciera inviable el retorno de las tropas neocoloniales francesas.

Sin embargo, la descolonización en ciernes generaba una nueva problemática no prevista, la de qué papel asignar a los jóvenes países en el orden posbélico. No había duda de que algunos de los nuevos Estados en formación, la China comunista o la India, tenían los requisitos adecuados para contar en el foro internacional. Pero se temía que una desarticulación precipitada y descontrolada de los imperios inundara la escena internacional de una multitud de Estados débiles, situación para la que las potencias no estaban en absoluto preparadas. Era patente que no se podía acometer un proceso generalizado de descolonización como en principio hubiera podido desearse. Antes bien, la liberación requería un seguimiento puntual y pormenorizado de cada caso, que fuera paralelo a la articulación de un foro internacional adecuado, el de las Naciones Unidas. Con él parecía conjurarse el peligro de reaparición de los totalitarismos. A este factor de partida se sumaría a partir de 1947 otro, si cabe, de mayor calado. La rápidamente inaugurada política de contención ante el avance comunista que siguió al inicio del proceso de apertura de la Guerra Fría cambió el signo de las prioridades norteamericanas. Regímenes cuestionados por su carácter dictatorial, como el franquismo en España, o imperios edificados en regiones de riesgo, como sucedía con el francés en Indochina, resultaban desde la óptica de Estados Unidos útiles para prevenir y contener el avance del comunismo en el seno de los nacionalismos. El peligro de asociación entre el comunismo y el nacionalismo en Asia era mayor que en el Medio Oriente,



a pesar de lo cual la actuación estadounidense durante los años 50 fue tan implacable en este escenario como en aquél: en 1953 la CÍA y el Mió británico actuaron para derribar el gobierno de Mohamed Mossadegh quien, tras obligar a abdicar al cha Reza Pahlevi, había nacionalizado el petróleo en Irán.

Pero para las metrópolis que habían sido imperios en el siglo XIX el avance del comunismo resultaba ser un problema secundario, puesto que la cuestión preferente era la de hacer frente a la desarticulación territorial del imperio con los escasos recursos económicos con que contaban. Gran Bretaña asumió con cierta flexibilidad el devenir de los acontecimientos, consciente de que no podía permitirse los márgenes de esplendor de los que hiciera gala antaño. Así fue abandonando las colonias a su suerte, camuflando el abandono de serena magnanimidad. Estrechamente vinculados al Imperio británico, entre 1945 y 1952 se produciría la definitiva independencia de los países del mundo árabe, que ya se había perfilado entre las dos guerras mundiales, y cuyas oligarquías, vinculadas a los intereses económicos occidentales, mantuvieron el nexo con el mundo económico occidental. La protección británica canalizó la creación de la Liga de Estados Árabes que nació en El Cairo en marzo de 1945, con bazas importantes como las de Iraq, Siria, El Líbano, independientes estos dos últimos en 1946, y con Jordania, nacida de la antigua TransJordania en 1949. Gran Bretaña puso fin a su mandato en Palestina con el plan de partición del territorio, según acuerdo de la ONU de 1 noviembre de 1947. La fuerza de las presiones internacionales sionistas forzó la creación del Estado de Israel en mayo de 1948 y dio origen ese mismo año a la que sería la primera guerra árabe-israelí.

Por el contrario, el resto de las potencias coloniales -Francia en especial- se mantuvieron firmes ante los fenómenos de resistencia colonial y se embarcaron en campañas de ultramar inoportunas para las maltrechas metrópolis de la posguerra. En el Lejano Oriente, el hundimiento japonés condujo a los líderes nacionalistas al poder. Primero fue la Indonesia independiente y poco después, tras la abdicación del emperador Bao Dai, fue Ho Chi-minh quien proclamó la independencia de la República de Vietnam. La República Democrática de Vietnam se amparó en los referentes teóricos e ideológicos de la Constitución estadounidense, en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano y en los acuerdos de Teherán y San Francisco, concretados durante la Segunda Guerra Mundial.

Así pues, tras la Segunda Guerra Mundial se operó el despertar de Asia. Sin embargo, es preciso señalar la japonesa como la primera de las rebeliones asiáticas contra los pueblos occidentales. Nación moderna e industrializada ya a principios del siglo XX (véase capítulo 8), Japón rivalizó con Occidente repitiendo el mismo patrón europeo. Su victoria contra Rusia en 1905, precedida por la derrota de China en 1895, la situó en la vanguardia de las naciones *liberadas* y de las nuevas potencias imperiales. A los ojos de los pueblos de Asia, Japón representaba la posibilidad de vencer a los europeos con sus propias armas. A su vez, acontecimientos como la revolución nacionalista y republicana de China en 1911-1912 y los efectos de la Revolución soviética de 1917 sobre las colonias rusas de Asia central y en Mongolia, abonaron el terreno para la siembra de los levantamientos contra las metrópolis. La India, Indochina, Indonesia, los países árabes y el Medio Oriente fueron escenarios de intensa agitación durante el período de entreguerras.

Pero ¿se daban signos que hicieran presagiar la *rebelión asiática* de la segunda mitad del siglo XX? En realidad, la época colonial no había sido un mar de aguas calmas. En los distintos marcos nacionales, adscriptos a las diversas administraciones coloniales europeas, se habían producido manifestaciones de hostilidad contra los colonizadores. Los nacionalismos asiáticos, tal y como sucedería más tarde con los africanos, tenían dos fuentes de inspiración. Por un lado, la herencia cultural precolonial y, por otro, los modelos de identificación nacional aprendidos de la propia cultura occidental durante el siglo XIX. Así, las formaciones políticas rebeldes bascularon entre una y otra fuente de inspiración con desigual intensidad y suerte. Por otra parte, fue especialmente en el mundo colonial donde se percibieron durante la primera parte del siglo XX los signos del debilitamiento europeo. Las guerras mundiales favorecieron esta percepción. Alentados por las propias potencias europeas, los grupos nacionalistas o radicales se expresaron al hilo de la guerra de 1914 con la intención de sacar ventaja del desconcierto de los países de Europa. Más allá de la pura apariencia, si bien el esplendor de la civilización europea parecía incuestionable, los desajustes en el modelo de crecimiento material y las dificultades del modelo liberal-parlamentario para hacer funcionar el sistema en el período de entreguerras se hacían también patentes en el ámbito colonial. Las sociedades europeas, más agitadas que nunca, se mostraban inseguras y vulnerables. Además, Europa había exportado a los territorios periféricos los instrumentos ideológicos y materiales que después habrían de volverse contra ella. La caída en picada de los imperios en Asia debe ser entendida, pues, a partir de tres coordenadas complementarias: en primer lugar, la consolidación de los diversos marcos nacionales; en segundo lugar, la incuestionable incapacidad europea de mantener los imperios con el vigor de antaño y, finalmente, la expresión de una coyuntura internacional que, desde el diseño de una política mundial posbélica, renunciaba a los viejos modos de hegemonía y de organización mundial para anunciar el nacimiento de un nuevo orden, el bipolar.

Entre 1945 y 1955, año de la Conferencia Afroasiática de Bandung, la década se desarrolló surcada de momentos cruciales para la historia de este siglo. En 1947 se puso fin a la vida del Imperio británico en la India y Paquistán, que proclamaron su independencia. Dos años más tarde, en 1949, se produjo el triunfo de la Revolución china, que estimuló el proceso revolucionario en Asia, al tiempo que creaba una nueva forma de *imperialismo de sustitución*, el chino, para cubrir el hueco dejado por Japón. En 1954 Francia, tras duras luchas por mantener sus posiciones en el sudeste asiático, no tendría más remedio que asumir su derrota en Dien Bien Phu y salir del área, procediendo Estados Unidos a relevarlo en Vietnam.

#### b) *La disolución del Imperio británico*

Al terminar la guerra Gran Bretaña había perdido su motivación imperial. Durante el conflicto, la tensión con las colonias no había sido una cuestión baladí. No sólo había tenido que afrontar la política de la desobediencia civil y las acciones de preautodeterminación del Partido del Congreso en la India sino también la creación de un Paquistán independiente y el choque contra los nacionalistas en el

Medio Oriente, algunos de cuyos territorios hubo de ocupar militarmente. En apariencia, la emancipación de los Estados de Asia del Sur y en especial de la India constituyó todo un éxito para el Reino Unido. Sin guerras y con líderes de la talla humana y política de Gandhi y Nehru, la proclamación de la Federación India y el establecimiento de excelentes lazos con Gran Bretaña parecían augurar el sostenimiento de una imagen digna. Sin embargo, dejaron un legado explosivo: la concreción del enfrentamiento entre India y Paquistán. Los motivos del mismo eran territoriales: una vez proclamada su independencia, Paquistán pasó rápidamente a la acción impulsando la invasión de Cachemira, para recuperar un territorio al que consideraba suyo. El mahrajá de Cachemira Hari Singh anunció entonces su integración en la India y pidió ayuda militar a Delhi. La guerra comenzó en octubre y duró hasta el alto el fuego que, avalado por la ONU, entró en vigor en enero de 1949. En un arreglo más que precario, Cachemira quedaba dividida en dos territorios: el del tercio norte, para Paquistán, y el resto, dominado por la India. Una nueva guerra en 1965 no solucionó el litigio. La India subestimó a su rival paquistaní que, pasado el tiempo y del mismo modo que la India, se armó con la bomba atómica -no en vano en la década de los años 70 ambos países realizaron pruebas nucleares subterráneas- en un intento por amedrentar a su vecino y por recuperar el territorio íntegro de Cachemira.

A la artificialidad de la creación del Estado paquistaní se sumaba la circunstancia de que las dos partes que lo componían, la occidental, dominada por el Punjab, y la oriental, no sólo estaban separadas por dos lenguas, el urdu y el bengalí, sino también por sendas culturas, economías y geografías. Los mil quinientos kilómetros de distancia entre ambas partes del país hacían el resto. Desde un primer momento Paquistán occidental mantuvo una relación de dominio con respecto al este: las clases poderosas vivían en occidente y el líder Mohamed Alí Jinnah anunció que el urdu sería la lengua nacional. Rápidamente surgió el nacionalismo bengalí de la Liga Awami, liderada por el jeque Mujibur Rahman, cuyo objetivo era la división política de Paquistán. El nacimiento de Bangladesh (Bengala) en diciembre de 1971 se hizo de una forma traumática. La escisión estuvo respaldada en todo momento por la India, que veía en la fragmentación de Paquistán un freno a la amenaza que constituía el Estado del norte. Los soldados de Delhi libraron una guerra en favor de Paquistán oriental, que concluiría con la independencia de Bangladesh.

También en el mundo árabe los británicos perdieron buena parte de su ascendiente tradicional. Como sucedía en otras regiones del planeta, Estados Unidos se convirtió en la potencia que asumió el relevo del control británico en el área. Arabia Saudí, Turquía e Irán, así como Israel, suscribieron acuerdos bilaterales con Estados Unidos, cuya política de pactos militares servía para integrar el área en el sistema bipolar mediante la Organización del Tratado del Centro. La revolución egipcia de 1952 transformó al país en república (1953) con Gamal Abdel Nasser al frente como presidente. A partir de ese momento se agudizó el antioccidentalismo, como seña de identidad del conjunto de movimientos revolucionarios y populistas que en las décadas siguientes se extendió por el mundo árabe ya independiente.

La pérdida de liderazgo económico de Gran Bretaña explica también el forzoso cambio de naturaleza de la Commonwealth que, a diferencia de la asociación

creada a partir del estatuto de Westminster en 1931, dejó de tener en la Corona británica un elemento de definición operativo para convertirlo en meramente nominal. La Commonwealth Británica de Naciones pasó a denominarse Commonwealth de Naciones, fórmula bajo la que estaba previsto que los nuevos Estados independientes se fueran integrando. La esencia de la transición descansaba en la perspectiva de una organización que asumiera un componente multirracial y multicultural. Pero la vida de la Commonwealth no iba a resultar sencilla. De entrada, su ampliación a nuevos miembros la hacía geográficamente dispersa sin que ningún nuevo elemento pudiera servir de aglutinante eficaz. Ni la Corona británica, ni la lengua inglesa, ni tan siquiera una herencia cultural común tenían el peso suficiente para convertirse en un lecho cómodo de acogida para naciones tan dispares. En los años 50, la mayor parte de los socios pertenecientes a la Commonwealth eran repúblicas -la India se proclamó república en 1950- lo que hizo peculiar el papel de cabeza visible que asumía la Corona británica, e irregular la pertenencia de los socios republicanos a una organización que exigía una fidelidad nominal a la monarquía británica. No olvidemos que la Declaración Balfour de 1926 establecía el vínculo con la Corona para aquellas naciones que se asociaran libremente a la entonces Comunidad Británica de Naciones. Esta situación de hecho fue la que obligó a buscar una solución pragmática: el papel de la Corona británica quedaría reducido al de símbolo de la agrupación.

A pesar de los malos augurios, la Commonwealth sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial y se convirtió en un foro de cooperación reunido en encuentros regulares de jefes de gobierno, primero cada cuatro años y, en los años 60, cada dos. El peso de la tradición británica, habituada a la celebración de cumbres desde los tiempos Victorianos de las conferencias coloniales, sirvió para hacer operativa esta extraña sociedad de intereses. Sin embargo, en los años 60, en pleno auge de los movimientos en pro del Tercer Mundo, la Commonwealth trascendería su condición de institución británica para servir de cauce a las tensiones y problemas de orden regional, como fue el caso de la reunión de Lagos en 1966 en la que se trató la cuestión de Rhodesia. Sin embargo, no todos los países que estaban en condiciones de pertenecer a la Commonwealth se asociaron. Algunos antiguos territorios británicos, como Birmania (Myanmar) o Sudán, decidieron no integrarse en la organización; otros la abandonaron en años sucesivos: Sudáfrica en 1961 y Paquistán en 1971, cuando algunos de los socios reconocieron al nuevo Estado de Bangladesh (Paquistán oriental), que sí permaneció en el grupo. En 1965 Ghana y Tanzania abandonaron temporalmente la Commonwealth por diferencias diplomáticas con Gran Bretaña.

*c) La crisis del Imperio francés. La retirada de Indochina*

La firma de la paz con la Alemania de Adolf Hitler implicó que una parte sustancial de Francia, París incluido, quedara ocupada por los alemanes, al tiempo que un gobierno francés encabezado por el mariscal Henri-Philippe Pétain se instalaba en el balneario de Vichy. La resistencia francesa no reconocía la autoridad del gobierno de Vichy sobre las colonias, una autoridad que en realidad se limitaba al África del norte y la occidental, así como a Madagascar, puesto que la Francia

libre del general Charles De Gaulle controlaba el África ecuatorial francesa, y Japón mantenía ocupada Indochina entre 1941 y 1945. La pérdida de prestigio metropolitano en las colonias que provocó la ocupación fue enorme. Ello no fue impedimento, sin embargo, para que en 1942 se creara un comité del Imperio francés, producto de la fusión de la antigua Unión Colonial Francesa, del Instituto Colonial Francés y del Comité de Indochina. La intensidad con que los franceses intentaban defender la explotación de sus negocios en ultramar en momentos tan difíciles alertó a los nacionalismos acerca de la posición de dureza que Francia iba a mantener para afrontar las iniciativas descolonizadoras. La visión centralizadora vigente aún en la concepción administrativa de Francia descartaba a finales de la Segunda Guerra Mundial cualquier atisbo de salida del imperio pacífica y pactada a favor de regímenes de autogobierno. Con este talante, la Conferencia de Brazzaville del 30 de enero de 1944 iba a tratar sobre las reformas administrativas de las colonias sin contar con ninguna representación africana directa.

Durante la guerra, el general De Gaulle fue el responsable de hacer llegar a la nación francesa la idea de que el imperio constituía la condición imprescindible de la salvación de Francia. En 1944 Francia optaba sin embargo por practicar con sus colonias una política de asociación en el seno de la Unión Francesa. Sometidas al pacto colonial, las antiguas colonias de explotación recibieron las inversiones de la metrópoli, e iniciaron con ello su modernización. Ese mismo año, el propio De Gaulle habría de reconocer que, para evitar los enfrentamientos raciales y las confrontaciones regionales, a las potencias coloniales no les cabía más remedio que facilitar el autogobierno de sus territorios de ultramar, tendiendo hacia un régimen de asociación con las colonias. Cuando la IV República inició su andar en 1946, una nueva Constitución daba cabida a una futura Unión Francesa. Esta institución, vigente hasta 1958, pretendía regular las relaciones entre la metrópoli y sus territorios coloniales.

Los territorios de ultramar quedaban organizados según dos categorías. En primer lugar, los *departamentos y territorios de ultramar* que integraban la Unión Francesa: Argelia, colonias del Caribe -Reunión y Saint-Pierre y Miquelon-, islas del Pacífico, África occidental y ecuatorial y Madagascar. Los habitantes de los llamados *Dom-Tom* obtendrían la categoría de ciudadanos franceses, desapareciendo la condición de *subditos* a la que habían estado adscriptos hasta la fecha. En segundo lugar, los Estados asociados: Marruecos, Túnez e Indochina que, pese a tener reconocida la autonomía interna, carecían de control sobre su acción exterior. En 1958, bajo la V República, liderada nuevamente por De Gaulle, la Unión Francesa, en un intento de adecuar sus pasos a los tiempos que corrían, se convirtió, bajo claros síntomas de apertura, en la Comunidad Francesa, una institución que integraba a la metrópoli y sus colonias, a pesar de lo cual se vio superada por el discurrir de los acontecimientos; la guerra de Argelia fue el principal de los conflictos con el que habría de toparse la metrópoli. Los Estados africanos miembros -a excepción de Guinea- aceptaron la comunidad en referéndum, pero las sucesivas independencias tornaron inviable la institución comunitaria, que terminó por disolverse.

En 1954, tras duras luchas por mantener sus posiciones en el sudeste asiático, Francia hubo de asumir la derrota de Dien Bien Phu y retirarse del área. El primer

síntoma de la conflictividad que se avecinaba en el continente asiático lo constituyó la guerra de Indochina (1946-1954), una guerra que bien podríamos calificar aún de colonial. En esta etapa de su historia, la recuperación moral de Francia exigía la continuidad del imperio, de ahí que la pérdida de Indochina supusiese el primer golpe de gracia para el ya maltrecho nacionalismo francés. No obstante, la de Indochina fue una guerra lejana, estrictamente militar y ajena al interés de la sociedad civil, en la que Francia intentó defender los elementos que definían su presencia colonial, camuflados por la lucha en defensa contra la expansión del comunismo. No resulta menor la circunstancia de que la guerra de Indochina siguiese abierta en el momento en el que estalló la de Corea. De cara a la opinión pública, la guerra de Francia contra el Vietminh se trocaba en una variante más de lo que los americanos trataban de hacer en Asia, esto es, frenar el avance de las guerrillas maoístas, amparadas por la renacida fortaleza de China y por la acción propagandística de la Unión Soviética. Sin embargo, en esta primera guerra de Indochina el interés de Estados Unidos en la zona fue mínimo, más preocupado sin duda por los primeros y acuciantes problemas que a finales de los años 40 estaba planteando la división en bloques.

Al retirarse los japoneses de la Indochina francesa en 1945, se produjo una proclamación unilateral de las independencias: Norodom Sihanouk declaró Camboya independiente en marzo de 1945; con Ho Chi-minh al frente de la Liga Nacionalista Vietminh, Vietnam fue proclamado independiente en agosto de 1945; en septiembre de aquel año el movimiento nacionalista Pathet Lao declaraba la independencia de Laos. El regreso de los franceses a Indochina supuso el inicio de una guerra en la que los nacionalistas indochinos intentaron mantener una independencia no reconocida por Francia. Como cabía esperar, en Vietnam se produjo la escisión: el norte independiente gobernado por Ho Chi-minh y el sur, profrancés. En el comienzo de la guerra los soldados del cuerpo expedicionario francés en el Lejano Oriente, ciento cincuenta mil hombres, hubieron de hacer frente a una guerra de guerrillas apoyada por Pekín. En 1950 el Vietminh pasaba a controlar el Alto Tbnkín tras un ataque que diezmó sustancialmente a las tropas francesas. La lucha se convirtió entonces en una guerra convencional en la que las fuerzas del general Vo Nguyen Giap fueron pertrechadas con material procedente de China y de la URSS. En Dien Bien Phu (7 de mayo de 1954), el ejército francés sufrió una derrota sin precedentes, cuyo significado se convirtió en emblemático del derrumbe colonial de Francia en Asia. En julio, los acuerdos de la Conferencia de Ginebra significaron el reconocimiento de las independencias de Vietnam del Norte, Camboya y Laos, y el control de Vietnam del Sur por parte de Estados Unidos, en sustitución de Francia, que se retiraba definitivamente de Indochina.

#### **4. De la revolución en Cuba a las independencias de África. Los años 60**

¿Podemos considerar que el desmoronamiento del régimen encabezado por Fulgencio Batista en enero de 1959 forma parte de los procesos de descolonización de esta segunda mitad de siglo? La respuesta debiera ser afirmativa en la

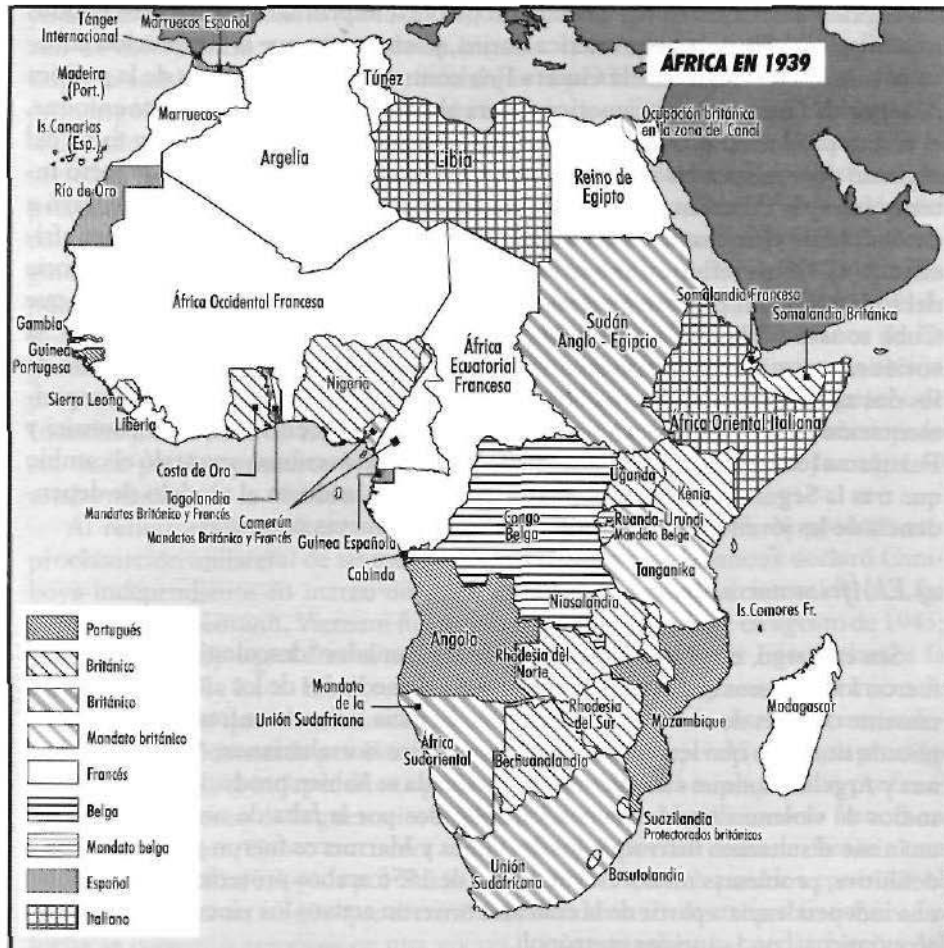
medida en que examinemos la cuestión teniendo presente la naturaleza del vínculo del régimen de Batista con la fórmula neocolonial implantada por Estados Unidos a comienzos del siglo XX en América Latina, y aceptemos que la Revolución cubana se instaló en el marco de la Guerra Fría contraviniendo las pautas de la política de seguridad nacional norteamericana para el área del Caribe. Desde este enfoque, el efecto producido por los sucesos de Cuba y por la implantación con éxito del régimen comunista a las puertas mismas de Estados Unidos tuvo un impacto internacional de tal calibre que fue capitalizado por las resistencias y contribuyó a desencadenar el conjunto de las independencias producidas en el continente africano. Una última reflexión apoyaría la tesis que vincula este capítulo de la historia del siglo XX con el proceso general de las descolonizaciones: puede admitirse que Cuba se sacudió la tutela colonial norteamericana en beneficio de una nueva, la soviética, contribuyendo con su decisiva posición estratégica a fortalecer uno de los dos subsistemas del sistema bipolar, el del Este, y a servir de campo de experimentación para la acción exterior de la URSS en el Tercer Mundo (Korbonsici y Fukuyama [eds.], 1987). En este sentido, la *sovietización* cubana apuntaló el cambio que tras la Segunda Guerra Mundial se estaba instalando en el modelo de dependencia de las jóvenes naciones con respecto a las nuevas potencias.

a) *El África norsahariana: Argelia*

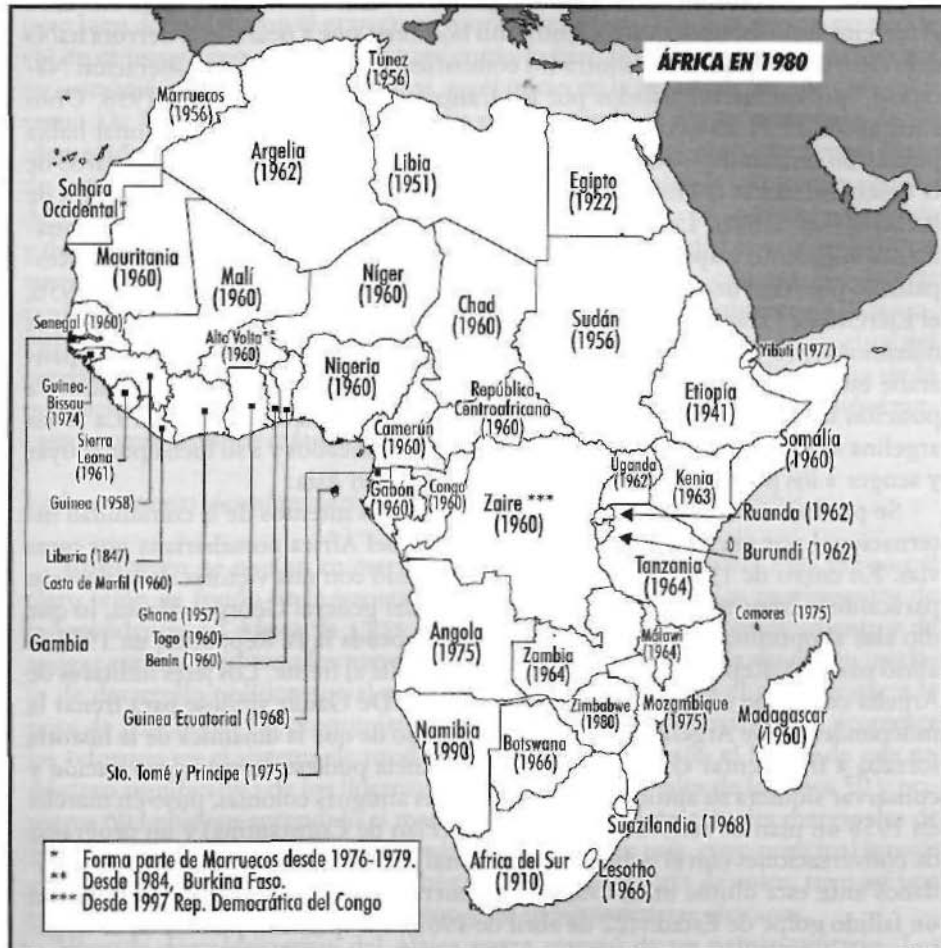
Sin embargo, en el terreno estricto de las llamadas "descolonizaciones" otros fueron los procesos que llamaron la atención. A mediados de los años 50, inmediatamente después de abandonar Indochina, Francia hubo de enfrentarse a la complicada situación que le planteaban sus territorios norsaharianos: Marruecos, Túnez y Argelia. Aunque a comienzos de la década se habían producido algunos episodios de violencia en Marruecos, complicados por la falta de un apoyo popular unánime al sultanato marroquí, los de Túnez y Marruecos fueron para Francia, en definitiva, problemas menores. En marzo de 1956 ambos protectorados obtenían una independencia a partir de la cual mantuvieron activos los vínculos, en especial económicos, con la antigua metrópoli.

El 3 de julio de 1962 Argelia conseguía su independencia, pero la argelina fue una emancipación más difícil y compleja que las de Túnez o Marruecos dado que, como colonia de poblamiento, carecía de cualquier forma de organización propia. Con anterioridad a la independencia, en Argelia sólo los territorios saharianos contaban con un estatuto particular; los tres departamentos que la componían dependían del Ministerio del Interior francés. De una población total de nueve millones de habitantes, la colonia blanca -constituida por los llamados *piets-noirs*- estaba compuesta por un millón de personas que, desde comienzos de la conquista en 1830, consideraban el argelino suelo estrictamente francés. Tras la Segunda Guerra Mundial, en el preocupante marco de la posguerra, Francia dejó en manos de los mandos militares el control gubernativo de África del norte, no siendo la de Argelia una excepción.

La argelina fue una guerra complicada cuya duración (entre 1954 y 1962) y cuya violencia certificaron mejor que ninguna otra la acritud del proceso descolo-







nizador francés. La complejidad de esta guerra radicaba en la coexistencia de varios planos de confrontación. Desde el punto de vista colonial, la guerra enfrentó al ejército francés, unos cuatrocientos mil hombres, que a pesar de la derrota había sido curtido en Indochina, contra los combatientes de Ejército de Liberación Nacional, que no fueron aislados por los franceses hasta comienzos de 1958. Unos años antes, el 31 de octubre de 1954, el Ejército de Liberación Nacional había publicado un manifiesto en el que instaba a la liberación de Argelia en el marco de la descolonización del norte de África y de los derechos recogidos por la carta de las Naciones Unidas. Las fuerzas nacionalistas argelinas, que carecían de un armamento suficiente y apropiado, contaban con el apoyo de la población rural. Respaldo por Marruecos y Túnez, cuya independencia se había producido en 1956, el Ejército de Liberación Nacional buscó el apoyo del mundo árabe, uno de cuyos máximos representantes en ese momento, el egipcio Nasser, lideraba al grupo panárabe en apoyo a la liberación de Argelia. La crisis de Suez en 1956 fortaleció la posición de El Cairo en la región, al tiempo que debilitaba la francesa. La causa argelina se vinculó así al Movimiento de los No-Alineados y a su lucha por apoyar y acoger a los pueblos independientes en África y en Asia.

Se produjo una intensa acción militar, pese a los intentos de la comunidad internacional por encauzar las descolonizaciones del África norsahariana por otras vías. En enero de 1957 la batalla de Argel se saldó con una victoria de la división paracaidista francesa que estaba a las órdenes del general Georges Massu, lo que dio alas al optimismo del ejército francés. Derrocada la IV República, en 1958 se abrió paso la V República, con el general De Gaulle al frente. Los jefes militares de Argelia confiaron en que el afán nacionalista de De Gaulle sirviese para frenar la independencia de Argelia. Pero éste, convencido de que la dinámica de la historia forzaba a fragmentar el imperio para que Francia pudiese crecer como nación y conservar siquiera su autoridad moral sobre las antiguas colonias, puso en marcha en 1958 un plan de renovación económica (Plan de Constantina) y un programa de conversaciones con el gobierno provisional de la República de Argelia. Defraudados ante esta última iniciativa, varios generales de la reserva reaccionaron con un fallido golpe de Estado (22 de abril de 1961). La aparición pública de la Organización del Ejército Secreto (OAS), activistas ultranacionalistas y defensores a ultranza del régimen colonialista que desafiaban la administración francesa mediante actos vinculados a lo que se conocía como lucha subversiva, radicalizó la situación a partir de 1961. En 1962 se desató la violencia ciega no sólo en Argelia sino también en Francia donde, entre enero y febrero de aquel año, llegaron a registrarse cien atentados con explosivos. Entre otras se atacaron las sedes de algunos partidos de izquierda, incluida la del Partido Comunista francés. En septiembre de 1962, el propio De Gaulle fue objeto de un atentado frustrado en Petit-Clamart, tras firmarse los Acuerdos de Evian.

La guerra de Argelia fue sucia desde el primer momento: contra los métodos terroristas empleados por quienes aspiraban a la liberación de Argelia, el ejército francés —no debe olvidarse que tan sólo diez años antes Francia había sido testigo de las formas de violencia utilizadas por las fuerzas de ocupación de Alemania— recurrió a la tortura. La llamada "resistencia argelina" actuó además de modo im-

placable durante y después de la guerra contra los colaboradores o *harkis*. Pese a su dureza y a que Francia quedó escindida por la presión de dos posturas opuestas pero bien definidas, con el gran costo moral que ello supuso, esta guerra no pervivió en el imaginario colectivo francés como lo hizo la de Vietnam. No es ajena a esta situación la circunstancia de que, en el irficio de la década de los años 60, tal y como De Gaulle intuía, Francia estaba conformando la nueva naturaleza de su identidad nacional y, abandonados los designios imperiales, se estaba consolidando como actor regional. En Francia, la de Argelia acabó siendo una guerra olvidada, esencialmente porque los franceses quisieron terminar con su historia de crisis y de fracturas históricas en un momento de coyuntura mundial benigna y bajo los auspicios de una prosperidad indudable. Como contrapunto, casi una década más tarde sobrevino la crisis norteamericana de Vietnam, en un ambiente de desesperanza en el que se ponían en evidencia los primeros elementos de quiebra del sistema mundial construido tras la segunda guerra. Por eso, y a diferencia de lo que sucedió en Francia con respecto a Argelia, Estados Unidos no consiguió arrancarse, como veremos más adelante, la espina vietnamita.

*b) Las últimas descolonizaciones: el África negra*

Entretanto, se ponían en marcha las independencias africanas, esta vez con el claro telón de fondo de la soviétización. Para los líderes de los movimientos de independencia en África, la URSS -además de reconocer diplomáticamente y de apoyar con sus créditos a los nuevos Estados- constituía sin duda alguna un modelo de desarrollo político-social pero ante todo económico en el que mirarse a la hora de abandonar las economías de monocultivo de exportación y de acometer las reformas en el sistema de producción. Llama la atención el hecho de que un número significativo de los líderes del africanismo de finales de los años 50 y primeros 60 hubieran aprendido el marxismo en centros intelectuales marginales de Estados Unidos. El movimiento afroamericano de este país, cuyo principal interés era el reconocimiento de los derechos civiles de la minoría de color, tuvo así una relación intensa con el panafricanismo y las independencias africanas.

Pero la descolonización del África negra careció de un patrón unitario. Las diversas áreas administradas por Francia, Gran Bretaña, Bélgica y Portugal siguieron caminos particulares hacia su independencia. Tras la Segunda Guerra Mundial, los cuadros panafricanos regresaron a sus países y trabajaron para avanzar hacia las independencias desde la obtención del sufragio universal. La Commonwealth fue el instrumento con el que se trató de preservar la influencia y los intereses británicos. París, en cambio, se sirvió de las leyes para intentar mantener sus territorios divididos en el África occidental francesa y el África ecuatorial francesa. La Constitución de la IV República (1946) mantenía la soberanía de la metrópoli sobre las colonias, si bien otorgaba cierta autonomía local. El fracaso de la Constitución de 1946 y el fantasma de la pérdida de Indochina, en 1954, condujeron a Francia a la formación de la Comunidad Francesa en 1958, una iniciativa tardía puesto que Guinea votó en contra y proclamó su independencia. Bélgica, por su parte, abandonó sus posesiones coloniales en un repliegue poco ordenado

que terminó por dejar el Congo y los territorios de Ruanda y Burundi sumidos en el caos. Portugal optó por combatir los movimientos de liberación en Angola, Mozambique y Guinea-Bissau, pero fue derrotada en 1974 y 1975.

Un rasgo específico de la oleada de descolonizaciones que sobrevino a fines de la década de 1950 y principios de la siguiente fue su carácter ordenado. No existían previsiones entre las grandes potencias para el desenvolvimiento futuro de este inmenso territorio, de ahí que pueda considerarse que la cooperación entre las metrópolis y las colonias llegó a alcanzar niveles satisfactorios. Pero, aunque se daba un sentimiento de victoria entre las naciones liberadas, lo cierto es que los nuevos Estados carecían de los recursos organizativos y de las condiciones elementales para suplir el hueco dejado por la presencia colonial. El neocolonialismo hizo inmediato acto de presencia. No se trataba tan sólo de la implantación de los intereses soviéticos o de las empresas norteamericanas. Las dos antiguas metrópolis de mayor entidad territorial, Francia y Gran Bretaña, tardaron poco tiempo en entender la naturaleza del cambio que debía operarse en el modo de dominación. Desterrados los intereses de soberanía, las empresas comerciales occidentales volvieron a hacerse con la cuota de mercado correspondiente. Como si los procesos de consolidación de los nuevos Estados no fueran complejos de por sí, la crisis mundial de mediados de la década del 70 proporcionó escaso respiro a las iniciativas internas que pretendían tomar las riendas de la situación. Parecía imposible que las naciones africanas fuesen a poder eliminar las condiciones que las empujaban a una permanente dependencia.

Sudán (1956), Ghana (1957) y Guinea (1958) fueron los pioneros en el proceso de descolonización del África subsahariana. Nigeria alcanzó la soberanía en 1960, Sierra Leona y Tanganica (Tanzania) en 1961, Kenia en 1963 y Zambia en 1964 y. El caso del Congo belga (1960) representó en cambio el fenómeno más duro de los procesos de emancipación, la guerra civil. Ruanda y Burundi se independizaron en 1962. También en la década de 1960 se declararon independientes los hasta entonces territorios franceses de Burkina Faso, Camerún, Togo, Costa de Marfil, Senegal, Níger, Benín, República Centroafricana, Gabón, Chad y Madagascar.

Pasaremos revista a los procesos más significativos. En 1957 una de las antiguas colonias británicas, Ghana, alcanzó su plena independencia tras un proceso pacífico, considerado modélico por todos los observadores. Su responsable, el líder nacionalista y presidente de la nueva República de Ghana, Kname Nkrumah, cautivó a la opinión pública internacional con un mandato en el que hizo recaer la clave del desarrollo de la nueva república en la independencia de criterio y la creación de una economía próspera. Su propuesta de creación de coaliciones africanas de rango regional que sirvieran para cubrir el hueco dejado por el control colonial tuvo una profunda repercusión en toda África. Nkrumah alentó una unión con Malí y Guinea que, aunque nunca llegó a realizarse, despertó enormes expectativas. Convencido de que la ventaja colonial de Gran Bretaña procedía de una adecuada explotación de los recursos y una correcta administración, Nkrumah se ocupó de estudiar las fórmulas del desarrollo económico y de nutrir a Ghana de un aparato administrativo eficaz. La bauxita, la producción de aluminio y de sus derivados permitieron a la república confiar en que tal vez podría tener un desarrollo industrial no dependiente. El impresionante proceso de industrialización de la URSS

constituía un precedente en absoluto desdeñable. De esta manera, su alejamiento de la órbita occidental puso a Ghana en el punto de mira del bloque soviético. La joven república, que mantenía aún indudables buenas relaciones con Gran Bretaña, optó por confiar parte de sus exportaciones e intercambios a la URSS. Un golpe de Estado terminó en 1966 con esta singular experiencia y, aunque Nkrumah fue depuesto, su ejemplo caló hondamente en otras repúblicas africanas como es el caso de Guinea, inserta en el marco africano del colonialismo francés.

Liderada por Sékou Touré, en 1958 Guinea se otorgó a sí misma un régimen independiente que agudizó la crisis colonial de la Francia del general De Gaulle. El camino hacia la independencia de las colonias francesas del África occidental y ecuatorial fue más lento. De este modo, Guinea fue abandonada a su suerte por una Francia enojada. Como el apoyo de Ghana era insuficiente, la URSS acudió a solventar parte del problema de la exportación guineana de sus cosechas, evitando con ello que Guinea se precipitara en un desastre económico aun de mayor entidad. Pero Sékou Touré no era el presidente Nkrumah, ni su formación ideológica e intelectual tan sólidas como las del líder ghanés. Las relaciones de Guinea con la URSS se enfriaron a principios de los años 60 y, al igual que en Ghana, las compañías comerciales norteamericanas se hicieron cargo de buena parte de la producción minera y energética del país.

El 30 de junio de 1960 fue declarada la independencia de la colonia belga del Congo. Pocos días más tarde estallaba una guerra civil en la que, además de los intereses que representaban a las múltiples etnias que albergaba el extenso nuevo país, se presentaron los intereses de la antigua metrópoli belga, los de las compañías mineras -diamantes, uranio, cobalto- y los de las grandes potencias, Estados Unidos y la URSS, además de los de China o Cuba. El referente cubano y las tensiones internacionales vinculadas a la crisis de Bahía de Cochinos -fallida invasión estadounidense a Cuba- se convirtieron en elementos que complicaban la naturaleza del conflicto. En este contexto, los líderes congoleños que encabezaron la independencia del Congo belga, Joseph Kasavubu y Patrice Lumumba, dispusieron de escasa capacidad de acción. Patrice Lumumba fue el encargado de formar el primer gobierno de la nueva república. Desde que, en un discurso pronunciado en presencia del rey Balduino I, el dirigente congoleño proclamara que la independencia del país daría paso a la liberación del continente africano, su destino personal estuvo sentenciado. Aunque los militares belgas apoyaban a Moisés Tshombe, partidario de la secesión de la provincia de Katanga, fue Joseph Désiré Mobutu quien, con el respaldo de la CIA, organizó un golpe de Estado que derrocó a Lumumba, quien fue puesto en arresto domiciliario, del que consiguió escapar. Detenido por los hombres de Mobutu en Port-Francqui y devuelto a Leopoldville en un DC-3, la instantánea fotográfica que captaba la detención del líder produjo un gran impacto en la opinión mundial, al mostrar su rostro maltratado por sus raptos. Acompañado por su ministro Maurice Mpolo, Lumumba fue golpeado, encarcelado y entregado a sus enemigos. Fue torturado hasta morir, el 17 de enero de 1961. Nunca se encontró su cuerpo.

Los cascos azules de la ONU intervinieron por vez primera en lo que fue considerado un conflicto civil de repercusiones internacionales: dieciocho mil hombres

fueron enviados a defender la integridad del Estado congoleño, bajo una acción que resultó ser poco efectiva debido a la fragmentación de intereses existente. En el origen de su difícil proceso de descolonización hemos de ver la especificidad colonial del Congo belga. En 1885 el concierto de naciones que se repartían África había aceptado conceder al rey Leopoldo II, soberano del pequeño Estado belga, la explotación de un espacio recóndito, en el corazón de África. Nada parecido a una administración colonial en el sentido británico o francés fue concedido a este territorio, que sólo en 1908 consiguió convertirse administrativamente en parte del Estado belga, pues hasta la fecha su explotación constituía un negocio privado de la Corona. Una década después de que hubiese terminado la Segunda Guerra Mundial, el Estado belga seguía controlando el Congo y explotando sus recursos mineros junto con las compañías privadas. Bélgica había declinado cualquier esfuerzo por hacer viable algún tipo de autonomía, de modo que las organizaciones locales carecían de experiencia frente al posible reto de la descolonización.

El secuestro y la desaparición de Lumumba constituyó un duro golpe para el movimiento africano. Un movimiento por la autodeterminación de África que a la vez que tomaba conciencia de su gran inexperiencia frente a la dinámica del sistema internacional veía con preocupación que las independencias no iban a ir seguidas de un camino de rosas y que las naciones forjadas exclusivamente a golpe de iniciativas políticas tenían serios problemas para sobrevivir.

El de Nigeria fue uno de los episodios de la descolonización africana que produjo mayor repercusión. Ex colonia británica, habitada por una amalgama de doscientas cincuenta etnias, había obtenido la independencia en 1960. Siete años más tarde estalló una guerra que duró treinta y dos meses y se saldó con dos millones de muertos. En el origen de este conflicto poscolonial se observa la naturaleza del dominio colonial británico que, en un alarde de economía de medios materiales y humanos, había aprovechado la red de emires *fulani* del norte para controlar la región. Un norte musulmán y feudal que rechazaba la unión con las etnias del oeste, los *yorubas*, y las del sur, los *ibos*, cuyos dirigentes habían sido educados por los colonizadores. Entre 1960 y 1967, el descubrimiento de petróleo en las regiones del sur y en los márgenes del delta del Níger alentó el secesionismo de los ibos. Las etnias del norte, en ejercicio del poder tras la independencia, se sintieron amenazadas. Las matanzas de ibos en el otoño de 1966 condujeron a que el 30 de mayo del año siguiente el coronel Odumegwu Ojukwu anunciara la independencia del territorio habitado por los ibos, con el nombre de República de Biafra. El gobierno nigeriano declaró la guerra a los secesionistas. Durante treinta y dos meses, los embargos, cercos marítimos y bombardeos debilitaron la resistencia de Biafra, que terminó por capitular. Gran Bretaña apoyó al gobierno de Nigeria, mientras Francia -junto con Tanzania, Gabón, Costa de Marfil y Camerún- se alineó con los rebeldes biafreños. Londres temió una injerencia soviética en el área, pero fue sin duda el posible control del petróleo lo que animó a las ex metrópolis a implicarse en el conflicto. La de Biafra fue la primera guerra africana que mostró a Occidente a través de la televisión en directo las imágenes de los efectos de la devastación y de las hambrunas.

c) *El panafricanismo. La Organización de la Unidad Africana*

Aunque en el plano internacional la mayoría de los nuevos Estados africanos se orientaron hacia la postura de no-alineación, ratificada en 1961 por la Conferencia de Belgrado, el panafricanismo fue la doctrina inicial que, bajo la fórmula de una unión continental, instaba a que los pueblos del África independiente manifestasen su identidad. En realidad no se trataba de una nueva doctrina; desde finales del siglo XIX y principios del XX se habían producido diferentes manifestaciones de lo que daría en llamarse "panafricanismo". En África, pero sobre todo en América, germinó la idea de la solidaridad entre los pueblos negros de ambos lados del océano. En 1900 la I Conferencia Panafricana planteó ya la necesidad de una solidaridad con los negros colonizados. En torno de la Primera Guerra Mundial, el panafricanismo defendería la idea de una *vuelta a África*. En un estadio previo al del interés político, los congresos panafricanos celebrados entre las dos guerras mundiales tuvieron en el profesor William Du Bois, fundador de la Asociación Nacional para la Promoción de la Gente de Color, al máximo defensor de una forma de unión cuyas señas de identidad eran aún étnicas y culturales. Durante los años 30, en un contexto de depresión y de recuperación mundial, el panafricanismo se mantuvo vivo pero de forma discreta. Así, por ejemplo, la invasión italiana de Etiopía en 1935 fue contestada por la comunidad negra internacional. Pero este tipo de protestas se diluía en un mundo que, lastrado por preocupaciones de carácter general, se acercaba peligrosamente al precipicio de la guerra. Más tarde, ya en un contexto marcado por el inicio de las descolonizaciones, el V Congreso Panafricano celebrado en Manchester en 1945 imprimió carácter a una nueva etapa de este movimiento cuyo protagonismo, que en otros tiempos fuera americano, pasó a ser claramente africano. El movimiento hizo hincapié en la organización, al tiempo que obtuvo del socialismo su inspiración esencial. Du Bois y Nkrumah dirigieron los trabajos que conducirían al VI Congreso, celebrado en Costa de Oro (Ghana) en 1957, cuyo rasgo esencial fue el de poner en marcha la fase política del movimiento panamericano al hilo de las independencias.

Aunque la agrupación regional constituyó una primera forma de búsqueda de la unidad africana, a partir del Congreso de Costa de Oro y de manera simultánea se fueron conformando las condiciones que harían posible la creación de la Organización de la Unidad Africana (OUA), cuya carta constitutiva se elaboró en la Conferencia de Jefes de Estado y de Gobierno Africanos celebrada en mayo de 1963 en Addis Abeba. El ideal de esa unidad había sido expresado por Nkrumah en su libro *África debe unirse*. La carta de Addis Abeba instaba a la cooperación, mediante un modelo de confederación, y a una posible organización política, bajo la forma de unión federal. Sin embargo, la realidad señalaba que tras las independencias iban a abrirse en el continente negro profundas fisuras, que se hacían explícitas en forma de luchas civiles, al tiempo que los intereses particulares, los de los grupos de poder local pero también los de las antiguas y nuevas potencias mundiales, impedirían a África navegar por sí sola.

## 5. Los últimos retazos descolonizados

La descolonización de los más antiguos imperios de ultramar, esto es, el portugués y el español, se produjo a mediados de la década del 70. En ambos países la naturaleza de los cambios internos -la "revolución de los claveles" en Portugal y la muerte del general Francisco Franco en España- fue determinante para que se desencadenara la descolonización. Desde el punto de vista internacional, estos procesos estuvieron precedidos por una serie de signos que delataban la inconsistencia y el anacronismo de los principios que regían las viejas formas de dominación. En los años 60, el orden mundial se había instalado en un período de la historia caracterizado por lo que Paul Kennedy (1995) ha dado en llamar "las fisuras del mundo bipolar". Más que fisuras, a mediados de la década siguiente puede hablarse de una desvirtuación absoluta de los principios, objetivos y tácticas de la bipolaridad. La derrota estadounidense en Vietnam expresó ese cambio de rumbo producido en el mundo. El escándalo de Watergate (que obligó a dimitir a Richard Nixon como presidente de Estados Unidos al comprobarse su implicación en las escuchas al Partido Demócrata) precedió a la caída de Saigón en poder del Vietcong, que puso a Estados Unidos en situación de retirada forzosa. La primera potencia mundial aparecía ante el mundo derrotada y humillada, dejando tras de sí un conflicto trágico y desmedido, en el que la barbarie y el totalitarismo de las partes implicadas se habían expresado con toda su brutalidad.

### *a) Los primeros indicios: la "espinas" vietnamita*

Si en los planes secretos de la posguerra Estados Unidos y sus socios aliados habían asignado a cada parte del mundo un papel específico, el sudeste de Asia cumplía la función de abastecer a las potencias industriales de las materias primas que necesitaban para su reconstrucción material y el subsiguiente crecimiento económico. Desplazadas en el área las naciones rivales, Francia y Gran Bretaña, Estados Unidos asumió, como hemos visto, el liderazgo de la región, pero careció de las fórmulas para mantener a raya a los regímenes nacionalistas que amenazaban la estabilidad. De esta manera, entre 1955 y 1975 se produjo la escisión definitiva de Vietnam en dos países. La segunda guerra de Indochina, que enfrentó a Vietnam del Norte con el del Sur, respaldado aquél por China y éste por Estados Unidos, fue un conflicto de carácter netamente poscolonial. El interés con el que Estados Unidos defendió esta posición asiática respondía al ímpetu con que esta nación ponía en práctica la Doctrina de la Seguridad Nacional, según la cual la pérdida de Vietnam sentenciaba el futuro del área, abriendo un proceso de desintegración que pondría en peligro la libertad en cuyos márgenes descansaba la seguridad de Estados Unidos. En la identificación entre nacionalismo y comunismo se reflejaba un modelo de argumentación nuevo, netamente diferente del de la defensa del colonialismo francés. La guerra se hacía contra la guerrilla, contra la subversión y contra el comunismo; en pro de la libertad, en defensa de la democracia. La americanización del conflicto tardaría aún en producirse. Hasta mediados de los años 60 Estados Unidos no se decidió a enviar un grueso de tropas. De los veintitrés mil



llamados *asesores* norteamericanos que había en Vietnam en 1964 se pasó a casi ciento ochenta y cinco mil en 1965. En 1968 más de medio millón de hombres estaban acantonados en la región. Pero la intensidad con que Estados Unidos se aplicó en esta guerra, supuestamente en defensa del régimen "democrático" del gobierno del sur, resultó desmedida. Además, la ineficacia de las acciones de destrucción masiva emprendidas por las tropas americanas -esto es, barridos aéreos con armas químicas, utilización de bombas lanzadas por los B-52 contra Vietnam del Norte, empleo de artillería- puso en entredicho la capacidad armamentística de la mayor potencia mundial. Con el apoyo logístico y armamentístico de China, el Vietcong supo mantener sus posiciones en el norte, al tiempo que atacaba el corazón de las bases estadounidenses y de las grandes ciudades del sur. A partir de 1968 comenzó la fase del progresivo repliegue norteamericano; en tanto se producía la "vietnamización" del conflicto; matanzas como la de la aldea de My Lai (16 de marzo), en la que personas de toda condición, sexo y edad fueron masacradas, produjeron un fuerte impacto en la opinión pública estadounidense. La repatriación más nutrida de tropas se llevó a cabo entre 1970 y 1971.

En su campaña presidencial de 1968, contrariamente a la opinión del entonces presidente demócrata Lyndon B. Johnson, el republicano Richard Nixon, asesorado por Henry Kissinger, había hecho público el anuncio de una salida negociada al conflicto. Aunque hasta los acuerdos de París del 27 de enero de 1973 no pudo confirmarse esta salida, la sola perspectiva de que la pesadilla de Vietnam podía tener fin le valió a Nixon la victoria electoral. A finales de los años 60, en tiempos de declive del modelo más rígido de la Guerra Fría, la opinión pública estadounidense había perdido su interés por esta guerra lejana e incomprensible, que cuanto menos resultaba incómoda. A principios de los 70 el crédito mundial de Estados Unidos estaba muy mermado. Difícilmente podía reconocerse en ella a la nación libertadora y antiimperialista de finales de la Segunda Guerra Mundial. Antes bien, proyectaba la imagen de una nación imperialista que se resistía al abandono de sus territorios periféricos. A partir de entonces una sombra de duda se ha cernido sobre Estados Unidos cada vez que su gobierno se ha planteado la intervención en áreas en conflicto. En enero de 1973, la Conferencia de París acordaba la retirada norteamericana en Vietnam del Sur. Entre 1975 y 1976 se produjo la unidad de todo Vietnam, la proclamación de la República Socialista de Vietnam y de las repúblicas populares de Camboya y Laos. A finales de abril de 1975 Saigón, capital del régimen prooccidental de Vietnam del Sur, había sido ocupada sin resistencia por tropas del Vietcong. El costo de esta victoria, evaluable en destrucciones físicas y morales, fue demasiado alto, y la recuperación muy lenta. La reunificación de hecho del país fue ratificada el 24 de junio de 1976, bajo el nombre de República Socialista de Vietnam. Saigón fue rebautizada con el nombre de Ciudad Ho Chi-minh.

#### *b) Pequeños viejos imperios*

Sin embargo, la descolonización no afectó exclusivamente a las antiguas posesiones de las grandes potencias. Pequeños imperios que en otro tiempo fueran

grandes potencias coloniales seguían controlando administrativamente regiones del planeta que aspiraban a su autodeterminación. Entre ellos, España y Portugal, los más antiguos pero los más débiles durante la etapa del reparto colonial del último tercio del siglo XIX, sólo tuvieron la opción de hacer uso del realismo político y en consecuencia poner en marcha con mayor o menor fortuna los procesos de descolonización de sus posesiones.

Durante los años 60, España dio los primeros pasos en esta dirección. Siguiendo una práctica tardía y absolutamente descontextualizada, en 1958 había intentado integrar definitivamente en la administración peninsular, en calidad de provincias, los territorios africanos que aún poseía: Guinea Ecuatorial, Ifni y Sahara occidental. Se trataba de una iniciativa carente de oportunidad política, de modo que en el inicio de la siguiente década se optó por poner en marcha un proceso descolonizador, que en realidad resultó precipitado y sin programa. Guinea Ecuatorial fue provincia española entre 1958 y 1963 y, hasta que en 1968 adquirió su independencia, gozó de un régimen de autonomía. Durante una década aproximadamente, entre 1968 y 1979, Francisco Alacias estuvo al frente de la presidencia de la nueva república. Precedente más certero y mejor rentabilizado por la propaganda del régimen franquista fue la cesión de independencia al Protectorado de Marruecos, que en 1956 pasó a constituir una unidad con el francés, el reino magrebí. En 1958 Marruecos reclamó Ifni, pero la negativa española a cederle el territorio abrió paso a una guerra, que fue breve y dejó escasa memoria histórica en la sociedad española actual. En 1969, por el Tratado de Fez, Ifni entró a formar parte del Reino de Marruecos.

El último de los episodios de la descolonización española fue la apertura del proceso de autodeterminación del Sahara occidental. En 1975, tramo final de la agonía franquista, la cuestión del Sahara fue liquidada con una rapidez inusitada así como con una inquietante ausencia de responsabilidad por parte de las autoridades españolas. Entre los meses de octubre y noviembre el rey de Marruecos, Hasán II, envió a trescientos mil civiles marroquíes desarmados al Sahara español con el fin de reivindicar la soberanía, episodio que sería conocido como la "marcha verde". Impotente, el ejército español no pudo atacar a la multitud ni contrarrestar su avance. Hasán II ordenó detener la marcha y España, ignorando las reclamaciones del movimiento nacionalista saharauí defendidas por el Frente Polisario, acordó la descolonización de su franja del Sahara. Según los Acuerdos de Madrid de noviembre de 1975, firmados por España, Marruecos y Mauritania, que amparaba la causa de la independencia del pueblo saharauí, España hizo cesión de la soberanía sobre el Sahara a ambos Estados nordafricanos. Pero en 1976 el Frente Polisario proclamó unilateralmente la constitución de un Estado independiente, la República Árabe del Sahara, iniciativa que condujo a una guerra con Marruecos. Mauritania abandonó su parte de control de la soberanía del Sahara en 1979.

En 1975, las portuguesas fueron el último conjunto de colonias que accedieron a la independencia. A mediados de la década de los años 70 Portugal, sometida aún a un régimen de corte autoritario heredero del salazarismo, consideraba a sus colonias como provincias de ultramar. Los movimientos nacionalistas de liberación se habían manifestado en las colonias con diferente intensidad, que

incluía en algunos casos la lucha revolucionaria, sobre todo en Angola y Mozambique, en las que se verificó la ayuda de la Cuba castrista. Las gravosas guerras libradas allí, que el gobierno quería continuar a toda costa pero que los jefes y oficiales militares consideraban irremisiblemente perdidas, ahondaron la distancia entre la dictadura y el ejército y provocaron una ruptura que dio lugar al surgimiento del Movimiento de las Fuerzas Armadas. F-ste, dirigido por oficiales jóvenes, derrocó a la dictadura portuguesa encabezada por Marcelo Caetano en abril de 1974, concretando la famosa "revolución de los claveles". Al año siguiente se produjo la desaparición del imperio portugués. Se reconoció la independencia de Guinea-Bissau -proclamada unilateralmente en 1974- y se la concedió no sólo a Angola y Mozambique sino también a las repúblicas de Cabo Verde, Santo Tomé y Príncipe. El dirigente Samora Machel lideró el proceso en Mozambique, convirtiéndose el Frente de Liberación de Mozambique (Frelimo) en un movimiento nacionalista de gran influencia en ese momento. En Angola el proceso fue mucho más complejo, puesto que se inició una guerra civil a la que no fueron ajenas algunas potencias occidentales.

## 6. Los pueblos afroasiáticos: la afirmación del Tercer Mundo

Al hilo de las descolonizaciones, el Tercer Mundo nació de la alianza de las naciones que, desde la segunda mitad de los años 40, habían ido consiguiendo su independencia. También lo hacía con afán de constituir una alternativa a la de los dos bloques y con la firme intención de evitar que sus miembros fuesen absorbidos por cualquiera de las superpotencias, buscando además frenar la expansión geográfica de la Guerra Fría. La afirmación de los pueblos afroasiáticos surgió por lo tanto con anterioridad a Bandung (1955) y ha de ser referida a hitos históricos previos.

La ONU fue el escenario principal para el encuentro de las delegaciones afroasiáticas. La India de Nehru y la Yugoslavia de Tito adoptaron las primeras iniciativas para definir lo que en 1952 Alfred Sauvy, en su afán por hallar la similitud entre los países subdesarrollados con el concepto de Tercer Estado que aspira al reconocimiento y a la dignidad, denominó "Tercer Mundo". Desde 1954 el denominado "Grupo de Colombo", constituido por Birmania (Myanmar), Sri Lanka (Ceilán), India, Indonesia y Paquistán, comenzó a preparar una serie de encuentros previos a una reunión mucho más amplia. El fin de la Guerra de Corea y la Conferencia de Ginebra sobre Indochina, en 1954, dieron un especial sentido histórico a la cumbre, que tuvo lugar por fin en Bandung, en la isla de Java, entre el 18 y el 24 de abril de 1955. Participaron veintinueve delegaciones pertenecientes a otros tantos países, entre los que se incluía a los del Grupo de Colombo. La celebración de esta conferencia expresaba el nacimiento de nuevos actores en la escena internacional, naciones y países de Asia y de África que resistieron a las presiones de las potencias y defendieron el derecho a la existencia de la *neutralidad*.

El comunicado final, inspirado esencialmente en los planteamientos de líderes como Nehru y Nasser, expresaba los siguientes principios: el respeto a la

integridad territorial y a la soberanía, la no agresión, la no injerencia en los asuntos internos de otro país, la coexistencia pacífica, el respeto a los derechos fundamentales del hombre, el reconocimiento de la igualdad de las razas, el derecho de cada nación a defenderse, el acuerdo con la carta de la ONU, el rechazo al recurso a arreglos destinados a defender los intereses de las grandes potencias y el respeto a la justicia y a las obligaciones internacionales. Si bien el líder yugoslavo Tito estuvo ausente de Bandung, su protagonismo en las siguientes cumbres iba a ser casi absoluto, sólo compartido con Nasser y Nehru. Su gestión convirtió al no-alineamiento en la estrategia para conseguir un prestigio internacional que permitiera a Yugoslavia un margen de maniobra dentro de la esfera soviética. La esencia de las reuniones entre líderes desarrolladas tras Bandung aportaba poco a lo expuesto en el comunicado final de la cumbre de 1955. En un contexto de descolonizaciones incesantes, el Egipto de Nasser fortaleció su posición dentro del mundo árabe, haciéndose eco de un panarabismo uniformador que fuera capaz de superar las diferencias de liderazgo entre los países árabes. La nacionalización del Canal de Suez (1956) se convirtió en símbolo de la nueva posición de Egipto. La India de Nehru aspiró igualmente a convertirse en el referente para los países descolonizados del sur de Asia.

En Belgrado, en septiembre de 1961, los no-alineados celebraron por fin la cumbre que recogía el compromiso de Bandung. La ideología de la no-alineación resultaba sin embargo más específica y precisa que el conjunto de buenas intenciones planteado en 1955. Belgrado expresó explícitamente la voluntad de una política internacional de coexistencia pacífica que respetase el no-alineamiento. Asimismo, las delegaciones reunidas en Yugoslavia defendieron la postura de no tomar parte en ninguna alianza multilateral en la que estuviera presente una gran potencia, ni en ningún pacto militar colectivo que pudiera propiciar un conflicto entre potencias. En este orden de cosas, los no-alineados se negaron a que se estableciesen bases militares extranjeras en los territorios de sus respectivos países. El Tercer Mundo pretendía permanecer en paz y canalizar sus recursos para contribuir a evitar una nueva guerra mundial.

Sin embargo, la de Belgrado fue la última de las conferencias en las que los países no-alineados mantuvieron su neutralidad. Parecía inevitable que el movimiento se radicalizase hacia la izquierda; varios factores explicaban la tendencia. En primer lugar, las profundas disensiones rompieron la unanimidad de las posturas. La Cuba de Fidel Castro o la Indonesia de Achmed Sukarno reforzaron la lectura antiimperialista de la doctrina de la no-alineación, mientras que la India de Nehru, muy vinculada con la esfera británica, buscaba una postura de mediación entre el este y el oeste. En segundo lugar, la oleada de independencias africanas, precipitadas y violentas en algunos casos, enconaron las posturas de estas jóvenes naciones que veían en el neocolonialismo la esencia de los males que las acechaban. La lectura de la no-alineación que hacía la Ghana de Nkrumah constituía una síntesis de todo lo dicho. En sus conflictos fronterizos (el de la India y China en el Himalaya) o locales (en el Congo), los no-alineados recurrieron a la utilización de los principios ofensivo-defensivos de los Estados, obviando el compromiso de anteponer los principios de paz y cooperación pactados. Tras la muerte de Nehru en

1964, en el marco de la distensión y con la política europea de acercamiento hacia el este en marcha, no fue posible mantener los principios de la no-alineación. El Tercer Mundo se convirtió a mediados de la década de los años 60 en un escenario más de la confrontación bipolar, reforzando el enfrentamiento este-oeste como una lucha de las naciones del centro en el escenario de la periferia.

Ciertamente, a finales de la década de los años 60 el movimiento de los no-alineados había entrado en crisis. La intervención de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia en 1968 acentuó las divergencias existentes entre los países miembros. Mientras buena parte de los dirigentes centraron su atención en las pautas para la independencia y el desarrollo económico del Tercer Mundo -los miembros de este grupo fueron denominados "tercermundistas"-, buena prueba de lo cual fue la política petrolera de los países exportadores de crudo, otro sector -los llamados "mundialistas"- liderado por Tito, consideraba que el no-alineamiento debía convertirse en una política de equilibrio global que trascendiese el marco del subdesarrollo y el interés concreto por alentar los recursos humanos y materiales del grupo. Desde esta perspectiva, el presidente de la Federación Yugoslava decidió que era preciso ahondar en el movimiento, creando las estructuras necesarias -una oficina de coordinación, grupos de expertos- con la finalidad de dar mayor eficacia a las cumbres entre jefes de Estado y de gobierno. Sin embargo, en la primera mitad de los años 70, la visión tercermundista del movimiento adquirió especial relieve con la Carta sobre los Derechos y Deberes Económicos de los Estados, votada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en diciembre de 1974. La voluntad de Tito se quebró definitivamente a finales de la década de los 70 cuando comenzaron a multiplicarse las guerras y los conflictos en los escenarios más diversos del Tercer Mundo. Simultáneamente, el bloque socialista consiguió irrumpir en el movimiento desvirtuando su naturaleza, y la potente figura de Fidel Castro no fue ajena a ello. La muerte de Tito en 1980, en un contexto de reafirmación de algunos de los principios de la Guerra Fría, supuso el final de la que fuera una concepción arriesgada, dinámica, pero ante todo solidaria, del no-alineamiento.

## Cuestiones polémicas

### 1. La descolonización: término y concepto

Desde las primeras iniciativas vinculadas a los procesos de la descolonización se produjo una disonancia alarmante en cuanto al sentido exacto otorgado al término entre las llamadas "naciones descolonizadas" y las metrópolis. La denominación del proceso histórico traducía la interpretación de una actitud generosa, una iniciativa metropolitana, el fin de los tutelajes occidentales sobre los pueblos de Asia y de África, enfoque que éstos no podían tolerar en absoluto. Mientras la historiografía que surgía al hilo de la descolonización no ponía el menor reparo en el uso del término (Miége, 1973), pasada la coyuntura histórica se fueron incorporando expresiones más reflexivas, como "recuperación de la independencia". Desde esta referencia los procesos de descolonización eran contemplados como las salidas naturales de los pueblos a las formas seculares de dominación espacial practicadas por los europeos desde el inicio de la Edad Moderna. Así, la de Iberoamérica en el primer tercio del siglo XIX podría muy bien evaluarse como una historia de la descolonización. Esta interpretación no ha observado diferencias entre la independencia de las naciones de África en la década de los años 60 y la de las colonias españolas en América Central y del Sur (Kennedy, 1995). Una lectura aún más radical enfatizaría la voluntad de las naciones descolonizadas por recuperar su ser natural por medio de la aplicación del único método posible: la revolución (Mesa, 1971; 1974). La historiografía británica más reciente, sin embargo (Chamberlain, 1997), heredera de los planteamientos de los años 70 y primeros 80 (Fieldhouse, 1982) no deja resquicio para la duda cuando da por sentado que un factor esencial en todas las descolonizaciones ha sido siempre la actitud voluntarista de la metrópoli al respecto. Sin las iniciativas de Londres o París -se señala- las voluntades de los pueblos colonizados no hubieran tenido la inercia necesaria para impulsar los procesos.

No puede entenderse, sin embargo, el concepto de descolonización sin vincularlo con la historia del anticolonialismo europeo (Merle y Mesa, 1972). Sobre todo en Gran Bretaña, desde los inicios del siglo XIX el mismo expresaba un sentimiento favorable a la descolonización. Richard Cobden, líder de la escuela de Manchester, defendió la aplicación del liberalismo integral, acometiendo una crítica feroz a las barreras impuestas por las grandes potencias para mantener sus colonias. La exigencia de descolonización no constituía sino una pantalla que encubría el deseo de que una libertad absoluta de mercados facilitara el imperialismo económico. Vista como liberación, la lectura de la descolonización se hizo fuerte tras la Segunda Guerra Mundial de la mano de la imposición ideológica de las grandes potencias -Estados Unidos, la URSS y la República Popular China- responsables de las propagandas de las ideologías anticolonialistas. Inspiradas en una visión del progreso universal como crecimiento material fundamentado en la industrialización del planeta y en el triunfo de los valores y cultura occidentales, las tesis en pro de la descolonización, de prove-

niencia liberal o marxista, compartían un mismo tipo de análisis que, a los ojos de los pueblos inmersos en los procesos de descolonización, las deslegitimaba igualmente. Así, las descolonizaciones expresarían las formas políticas que darían paso al neocolonialismo (Nkrumah, 1966), una manera sutil, muy al estilo occidental, de acometer el *saqueo del Tercer Mundo* (Jalee, 1966), así denominada y descripta por algunos autores la geografía del subdesarrollo (Lacoste, 1978; Lacoste y Nkrumah, 1962; Ruiz García, 1973).

Lo que en los años 60 parecía sencillo -dividir el planeta en entidades político-nacionales ajenas a la dualidad de la bipolaridad y aplicarles la categoría de *subdesarrollo*, en atención a las promesas de crecimiento material-, en los años 70 se alteró sustancialmente, quebrándose la engañosa unidad del grupo. Los países ricos en materias primas, petróleo esencialmente, o con ciertas infraestructuras industriales, lograron situarse en la eufemística categoría de países *en vías de desarrollo*. Sin embargo en el límite, el *cuarto mundo* carecía de lo más esencial, carecía de todo. Situado en el África subsahariana, una vez producidas las independencias fue desapareciendo de la atención mediática. La descolonización como objeto de estudio dejó paso a otros temas constituidos por el conjunto de secuelas de aquella: las desigualdades sociales, la miseria, los conflictos... El trasfondo de la crisis mundial abierta en la mitad de los años 70 activó esta perspectiva de estudio (Barratt Brown, 1976; 1980; Willetts, 1978; Gunder Frank, 1980). Estos nuevos enfoques dieron sentido a las descolonizaciones desde una perspectiva esperanzadora, dado que inscribían los problemas en una historia del presente en la que se exigía a los viejos imperios europeos responsabilidades morales y materiales en el futuro de los pueblos históricamente explotados a los que se había concedido las independencias políticas sin reparar en la desestructuración económica y social de las naciones. Fue el momento de máximo auge de la llamada "causa colonial".

Si la llamada "historia de la descolonización", de los países afroasiáticos o del Tercer Mundo -tras desarrollarse la historia colonial-, ha logrado constituirse en disciplina durante las dos últimas décadas, al hilo de las reflexiones teóricas y de las investigaciones (algunas de las cuales hemos señalado en las líneas precedentes), el reto actual no es menos interesante. Hoy apreciamos una tendencia paralela pero significativa de la disciplina a insertarse en los estudios de la historia de las relaciones internacionales. En algunos de los trabajos más recientes (Zorgbibe, 1997; Kennedy, 1995; Nouschi, 1996) los procesos de la descolonización adquieren la categoría de elemento decisivo en el juego de las tensiones y de los repartos entre las potencias a partir de la Primera Guerra Mundial. Al margen de lo que compete a las historias nacionales y metropolitanas, e incluso a la de las relaciones entre las metrópolis y sus ex colonias, las descolonizaciones *interfieren* en la naturaleza precisa de procesos tan complejos como el de la Guerra Fría (Pereira, 1987), dotándola del sentido exacto que tuvo: un choque entre nuevas potencias por la dominación planetaria en los términos que la historia del siglo XX otorga a la expansión. El propio concepto de *no-alineación* (Kardlej, 1976), resistencia a la división mundial en bloques y a la obligada alineación de los llamados "países jóvenes" en uno u otro y formas de *neutralidad activa*, constituye un regalo que las descolonizaciones ofrecen a las relaciones internacionales en el siglo XX.

## 2. La configuración política del África negra

Una de las cuestiones más preocupantes al producirse las descolonizaciones africanas en los años 60 fue la de la configuración política de los nuevos países. Ya en 1952 la obra del francés H. Deschamps, *Despertar político africano*, aparecida en un momento en el que aún no se había producido la gran avalancha de las independencias, pretendía llamar la atención acerca de la naturaleza histórica de los embriones políticos del África negra. En 1971 ve la luz el libro del mismo autor, *Les institutions politiques de l'Afrique noire*, texto en el que se completaban los capítulos dedicados al estudio de las instituciones tradicionales y del período colonial, pero en el que también se hacía un recorrido pormenorizado por los modelos políticos de África emancipada, por sus instituciones y el funcionamiento de las políticas internas de las nuevas repúblicas. En fechas aún más cercanas a los propios acontecimientos, M. Fortes y E. Pritchard [1964] se aventuraron a hablar de lo que ellos denominaron ya como *Les systèmes politiques africains*. A ningún analista del momento, casi siempre teóricos preocupados por dar una forma política a sus ideas, se le escapó la circunstancia de que las experiencias africanas venían concretándose bajo la innegable influencia de dos elementos externos. Hablarían, en primer lugar, de la herencia del colonialismo en las configuraciones específicas correspondientes y, en segundo, de los sistemas políticos occidentales y de las democracias populares. No faltó quien reforzara la idea de una presencia importante de las ideologías en el germen de las independencias africanas y, en consecuencia, en la esencia de los modelos políticos subsiguientes (Benot, 1973). Para otros, en cambio, no es posible dar un sentido organizado a la política del continente. Se trataría más bien de reconocer la especificidad de cada proceso de independencia y de la opción política interna (Tennaille, 1981).

Sea como fuere, resulta innegable que, fruto del rechazo a la historia inmediata y por lo tanto al reflujó de lo occidental o bien producto del juego de fuerzas internacionales, casi todos los analistas confluieron en la idea de que los nacionalismos (Kohn y Sokolsky, 1968) y los socialismos fueron, a finales de los años 50 y a principios de los 60, las opciones políticas del África joven. En 1959 el texto de John Padmore, *Necesidad de un socialismo panafricano*, apostaba por un socialismo de raíz natural y tribal. La Conferencia de Dakar, en 1962, fue en realidad una oportunidad perdida para ordenar una fórmula conjunta para el socialismo africano. A diferencia del líder tanzano Julius Nyerere, que defendía la creación de un socialismo plenamente africano, el senegalés Léopold Sedar Senghor hablaba de un socialismo de tradición mixta, africana y europea al mismo tiempo. Estudios posteriores a los desarrollos históricos acerca de los cuales escribieron sus protagonistas han intentado explicar los procesos y constataron la decepción de los políticos y de las sociedades africanas ante la imposibilidad de avanzar en la vía socialista (Rosberg y Callagy, 1979). En una posición más extrema, los más críticos con las fórmulas del entonces denominado "socialismo africano" señalaron la conveniencia de avanzar estrictamente por la vía del socialismo real (Jaffe, 1976). El socialismo marxista, por algunos denominado "afrocomunismo", tuvo más suerte al implantarse en las repúblicas populares del Congo y Benín, en Mozambique y Angola, Guinea Bissau y Gambia.



### 3. La peculiaridad asiática

La práctica totalidad de autores que desde los primeros procesos de independencia estudiaron las descolonizaciones asiáticas han coincidido en subrayar como peculiaridad del perfil descolonizador asiático el componente revolucionario -en expresión generalizada por Mende en 1951- de las reacciones contra el colonialismo occidental (Lévy, 1965; Grousset, 1966; Chesneaux, 1969). El perfil revolucionario de las independencias asiáticas encontraría parte de su sentido en la fuerte tradición de las historias nacionales precoloniales, y por lo tanto en la existencia previa de modelos políticos en el Lejano Oriente (Pirovanowang, 1970) o en el islam árabe-asiático (Derriennic, 1980; Fraser, 1980; Zeraoui, 1981).

Un segundo aspecto a tener en cuenta por lo que a la peculiaridad historiográfica respecta es el de la escasa relación entre los estudios especializados por naciones o países dentro del campo de la descolonización asiática (MacCormack, 1975; Doré, 1976). Por ejemplo, mientras la rebelión de Japón contra el occidentalismo ha sido analizada tradicionalmente desde la perspectiva de la creación de un imperio a partir de 1905 (Guillain, 1970), la historia de la China del siglo XX ha sido vista no desde el enfoque de la lucha contra la dominación occidental sino desde el del avance nacional hacia las diferentes formas de revolución (Csassin, 1966; Schuman y Schell, 1971). Sin embargo, y por lo que a la mayoría de espacios se refiere, el ritmo en que se produce la descolonización asiática suele venir expresado en relación con los momentos más significativos de la historia occidental: 1905, 1917-1919, 1930-1931, 1937-1945. Momentos que tienen, desde la perspectiva de Barraclough (1963), una honda vinculación con las crisis de Europa, lo cual traduce la polémica acerca de si la historia de Asia en el siglo XX es subsidiaria de la europea o bien posee sus propios resortes. Hasta la Segunda Guerra Mundial, la tendencia era historiar las relaciones entre continentes, obviando los desarrollos históricos internos de los pueblos asiáticos.

En su clásica *Historia de las relaciones internacionales* (1982 [1964]), Paul Renouvin señalaba la vinculación entre los proyectos diplomáticos de las potencias en expansión y los intereses materiales y financieros de las naciones, así como las rivalidades económicas entre potencias en relación con Asia (Renouvin y Durosele, 1964). Con posterioridad, la postura *asiocéntrica* minimizaba el peso de la historia de las relaciones internacionales, aportando un análisis que veía las intervenciones occidentales desde una perspectiva de continuidad nacional. La evolución de las unidades históricas a lo largo del siglo, y por lo tanto de las denominaciones correspondientes, sugiere el tránsito desde el predominio de lo exterior hasta las narraciones de lo interior. A partir de mediados de los años 60, de las historias de Indochina y de las Indias holandesas se pasó a las historias de Vietnam, Laos y Camboya, y a la historia de Indonesia, respectivamente. En todas ellas se actualizaba y dinamizaba el conocimiento del pasado tradicional (Charnay, 1965). Así se corregía en cierta manera un error de partida en el tratamiento de las cuestiones referentes a la descolonización asiática: la tendencia a ver un paralelismo entre los procesos de colonización y los de descolonización, siendo indudable la intrínseca relación entre ambos, pero no menos cierta la realidad de que mientras la coloni-

zación provino esencialmente de Europa, la descolonización no fue en absoluto un producto histórico de Occidente. Chesneaux (1969) ha señalado que la occidentalización no ha sido una hipótesis de trabajo muy fecunda para la investigación histórica y la interpretación de los hechos. Hoy resulta evidente algo que en los primeros momentos de las investigaciones sobre descolonización no parecía serlo tanto: que las historias occidentales no pueden de ninguna manera servir de inspiración al estudio de las historias asiáticas. Conceptos occidentales como *burguesía*, *urbe* o *campo* no pueden ser referentes para evaluar la condición o la estructura social fuera del mundo colonizador, donde arcaísmos y modernismos se entrelazaron para constituir un todo singular.